SUITE 601



LARA SANZ

Lara Sanz

SUITE 601

SAGA:
Thrillers en paralelo

Saga: Thrillers en paralelo.
Autor: Lara Sanz

© Lara Sanz, 2025.
Publicado por acuerdo con Editorial 99 Cents.

Primera edición: julio 2025.
ISBN: 9798292793618

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, almacenamiento, distribución o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.

Todos los derechos reservados.

ÍNDICE

1. “EL PLAN PERFECTO”
2. “LA ÚLTIMA CENA”
3. “OBJETOS PERDIDOS”
4. “HAS SIDO ACTIVADO”
5. “SYNAPSE CORPORATION”
6. “UNA COLADA… PESADA”
7. “CLARA VIDAL”
8. “BAJO TIERRA”
9. “REHENES”
10. “BUNKER CASERO”
11. “SYNAPSE ERES TÚ”
12. “ALEJANDRO SERRANO”
13. “CONTRARRELOJ”
14. “LA LISTA”
15. “LA VISITA”

1

"El Plan Perfecto"

Nunca debí ofrecerme para organizar la despedida de soltero de Alberto.

Pero lo hice.

Como un gilipollas.

Alberto era mi mejor amigo desde los quince años, cuando nos pillaron fumando en los baños del instituto y, en vez de castigarnos, el director nos obligó a dar una charla sobre los riesgos del tabaco en primero de la ESO. Desde entonces, compartimos risas, borracheras, novias y alguna que otra resaca filosófica.

Así que, cuando me soltó la frase mágica: "Tío, necesito que organices mi despedida, nadie me conoce como tú". Caí, como un idiota con sentido del deber y poco amor propio.

—Pero sin locuras —dijo—. Nada de strippers raros, ni enanos disfrazados, ni historias que me cuesten el matrimonio antes de la boda. Solo quiero pasarlo bien con los colegas. Algo tranquilo.

Ambos sabíamos que esa era la primera mentira, "Algo tranquilo".

Esa noche comenzó como empiezan las buenas historias. En una terraza, al atardecer, con las primeras cervezas sudando sobre la mesa y ese clima perfecto que tiene Cuenca cuando no te estás muriendo de calor ni congelando los pezones.

Éramos seis en total, incluyendo a Alberto. Un grupo tan dispar que solo se entiende por la historia que arrastrábamos juntos.

Yo soy Alejandro Serrano. Treinta y cuatro años, administrativo en una empresa de importación de fruta tropical. Vida gris, rutina sencilla, pero con un currículum de anécdotas que da para varias

cenas. Soy el que organiza, el que planea, el que siempre tiene un plan.

Luego está Marcos, el abogado que nunca ha ejercido pero que sigue cobrando como si lo hiciera. Su padre tiene el bufete más reputado de la ciudad, lo que le ha permitido vivir como un pijo freelance con mucha labia y cero escrúpulos. Bocazas y arrogante, pero con un sentido del humor tan venenoso que es imposible no reírse, aunque te esté despellejando. Tiene una ex en cada código postal y una tarjeta black que parece no tener fondo.

A su lado, el inseparable dúo, Óscar y Javi. Los gemelos no-biológicos. Se conocieron en la universidad estudiando INEF, y desde entonces no se han separado. Uno es vegano, el otro cree que el bacon cura el cáncer. Discuten por todo, coinciden en nada, pero juntos son dinamita.

Óscar trabaja en un gimnasio de barrio. Javi da clases de defensa personal y presume de tener "reflejos de ninja", aunque no puede abrir una cerveza sin hacerse daño.

Rafa es el callado, el informático. El que siempre parece estar a punto de decir algo importante pero nunca lo dice. Tiene una mirada entre despistada y calculadora, de esas que no sabes si está resolviendo una ecuación o pensando en cómo asesinarte sin dejar rastro. Y lo más inquietante, nunca se emborracha.

Y, por último, Alberto. Él es el pegamento, el tipo simpático que cae bien a todo el mundo. Nunca ha roto un plato. Aunque sí rompió tres relaciones antes de conocer a Laura, su futura esposa, que logró lo imposible, domesticarle sin castrarle el alma. Por eso todos estábamos allí, por Alberto, para celebrarlo a lo grande antes de la boda.

La idea era sencilla, una despedida con todos los ingredientes necesarios para ser épica, pero sin cruzar la línea de lo denunciable, es decir, sin acabar entre rejas. O eso pretendía yo.

Nos habíamos reunido ese sábado para tomar unas cervezas y concretar los detalles. Una especie de "pre-despedida" improvisada

en la terraza de un bar del centro. Cada uno traía sus ideas, sus manías y sus advertencias.

—Nada de espectáculos raros —dijo Alberto, directo.

—Ni de drogas —añadió Javi, como si alguien hubiera sugerido montar un narcolaboratorio en la despedida.

—Y los videos que no salgan de nuestro grupo, que esto no es Gran Hermano —aportó Oscar, mirando su cerveza como si estuviera dictando sentencia.

Rafa no dijo nada, como de costumbre.

Marcos sacó el móvil y, sin decir una palabra, escribió algo en su lista de "cosas que no deben salir de la habitación", justo debajo de otra nota en la que ponía: "No repetir lo de Benidorm".

—Yo solo quiero una habitación grande, música decente y alcohol del bueno —dijo Alberto, sonriendo.

Y ahí, en medio de todo, estaba yo. Planeando los últimos detalles con el corazón bombeando adrenalina, como si fuera el productor de una película de bajo presupuesto que promete acción, humor y un desastre de proporciones bíblicas.

Lo tenía casi todo pensado, una cena privada y una suite con terraza, jacuzzi y minibar. Un plan entre lo improvisado y lo potencialmente problemático… todavía en construcción. Tenía un par de ideas para después, tal vez una visita a un club privado, todo dependía del tono de la noche.

Lo que no sabía era que ya había una pieza fuera de lugar. Algo diminuto, casi invisible. Un detalle que se me había escapado, una grieta silenciosa en aquel plan que creía perfecto. Y que esa grieta, una semana después, se tragaría todas nuestras jodidas vidas.

Claro que en ese momento solo éramos seis idiotas en una terraza, bebiendo al atardecer y riéndonos de lo que estaba por venir.

Y sonaba bien.

—Así que lo dicho —concluí—. El viernes que viene, a las siete, todos en mi casa. Y después, sorpresa.

—¿Qué tipo de sorpresa? —preguntó Marcos, entornando los ojos.

—Del tipo de sorpresa que no se cuenta, se vive —respondí.

Brindamos todos juntos. Con cañas. Con risas. Con esa sensación de que, por una noche, todo iba a salir bien.

Durante los siguientes días, me convertí en una especie de productor ejecutivo de una película que nadie me había pedido rodar. Llamadas, reservas y pagos por Bizum a contactos con nombres sospechosamente genéricos (*Carlos Eventos, Juan Hotel*), y una hoja de cálculo en la que había apuntado hasta cuántos hielos necesitábamos para que nadie se quejara de que el ron estaba caliente.

Todo estaba medido al milímetro, o eso creía yo.

El jueves por la noche, Alberto me escribió un mensaje: "¿Seguro que va todo bien? Me da miedo preguntar."

Le respondí con una foto del recibidor del hotel y un simple: "Mañana hacemos historia. Confía."

Él puso un emoji de fuego y otro de miedo.

A la mañana siguiente, ya estaba listo para cualquier desastre. Había preparado una mochila con todo lo esencial, por si la noche se torcía: ropa de repuesto, un botiquín improvisado, un cargador portátil, condones por si alguno triunfaba y un paquete de chicles.

2

"La Última Cena"

A las seis y media, empecé a recibir los primeros mensajes del grupo.

Óscar: "¿Camisa o polo?"
Marcos: "Yo voy como siempre, como si me fueran a fotografiar sin avisar."
Javi: "Yo llevo mi camisa blanca, la de las noches legendarias."
Rafa: "Yo vaqueros y sudadera."
Alberto: "Vamos, chavales. Esta noche hay que darlo todo, pero sin acabar en comisaría, porfa."
Yo: "Venid como sois, el resto lo pone la noche."

A las siete en punto, los cinco estaban plantados frente al portal de mi casa. Cada uno con su cara de emoción y su propio concepto de elegancia.

Alberto tenía esa mezcla entre felicidad e incomodidad que tienen los novios cuando queda poco para la boda. Parecía no saber si esto era una despedida o un entierro simbólico.

—¿Todos listos? —pregunté.

—¿Tú qué crees? —respondió Marcos, lanzándome una petaca plateada con sus iniciales grabadas.

Le di un trago.

Y en ese momento, brindamos por una noche en la que íbamos a ser simplemente seis amigos con ganas de juerga.

El taxi llegó puntual. Bueno, puntual dentro del margen habitual del "está llegando" que dura veinte minutos más de lo que debería. Cuando se detuvo frente al portal, ya íbamos por el tercer trago de

la petaca y Marcos había contado una historia sobre cómo una vez le "salvó" la vida a una chica haciéndole el boca a boca en un jacuzzi, con ginebra de por medio y, según él, con absoluta vocación médica.

Subimos los seis al taxi como si fuéramos un equipo de operaciones especiales con poca preparación, pero demasiadas ganas de liarla.

Rafa se sentó delante, probablemente para evitar el contacto humano. Los demás nos acomodamos detrás, apretujados entre risas, empujones y algún codazo.

El conductor nos miró por el retrovisor. Tendría unos cincuenta y muchos, cara de haber llevado de todo y ojos de haber visto cosas que preferiría olvidar.

—¿A dónde vais con tanta alegría? —preguntó, como quien ya conoce la respuesta.

—Hotel Mirador Real, celebramos mi despedida de soltero —dijo Alberto.

—Muchacho, esta es tu última noche de libertad. Luego vienen los anillos, los álbumes de boda... y el arrepentimiento en diferido.

—Joder, qué motivador —dijo Javi—. ¿No tienes también un discurso de funeral por ahí guardado?

—Ey, que aún no ha firmado nada —añadió Marcos—. Técnicamente sigue siendo libre.

—Libre pero vigilado —dije yo, mirando a Alberto, que sonrió con ese gesto entre ilusión y pánico.

—Si queréis un consejo —dijo el taxista—, cenad bien, no mezcléis copas y no confiéis en nadie que diga "no hay huevos".

—Demasiado tarde —murmuró Rafa sin apartar la vista del parabrisas.

Todos nos reímos. El taxista no era el alma de la fiesta, pero tenía razón en todo.

El trayecto no fue largo. El hotel estaba en el casco antiguo, en una calle tan estrecha que parecía diseñada para carretas del siglo XVII, no para un taxi moderno con seis adultos y una conversación cada vez más subida de tono.

Bajamos uno a uno, todavía con sonrisas en la cara y con un cosquilleo raro en el estómago. Ese que te avisa, aunque no quieras escucharlo, de que algo importante está por pasar.

Yo me giré hacia el taxista, pagué en efectivo y le di las gracias.

—Suerte, chicos —dijo él, sin dramatismo, como quien ha dicho esa frase demasiadas veces.

—La vamos a necesitar —respondí.

El recibidor del Hotel Mirador Real era amplio, silencioso, con una iluminación cálida que caía sobre suelos de mármol y columnas nobles. Olía a limpieza y a algo floral, demasiado floral.

Tras el mostrador nos esperaba Khaled, el recepcionista. Tendría unos treinta años, camisa blanca impecable, pelo engominado hacia atrás y una sonrisa medida, profesional, casi robótica.

—Buenas noches, señores. Bienvenidos al Mirador Real. Tienen reservada una habitación premium, pero antes les espera una cena privada.

—¿Eso pone? —preguntó Marcos, sonriendo como si se sintiera el dueño de la ciudad por un momento.

—Sí, se alojarán en la Suite 601. Última planta, terraza privada. Es la mejor habitación del hotel y… la única en toda la sexta planta.

Khaled hizo un gesto con la mano y, desde una puerta lateral, apareció una chica. Era morena, con un vestido negro ajustado y una sonrisa amable. Llevaba una bandeja con copas de champán.

—¿Nos están cuidando demasiado bien o soy yo? —susurró Javi.

—Esto parece el principio de una peli de mafiosos —dijo Marcos, agarrando su copa.

Cogimos el champán y brindamos en medio del recibidor con torpeza. A continuación, Khaled nos guio por un pasillo largo y silencioso, flanqueado por cuadros sin alma y moqueta beige demasiado nueva para este edificio histórico.

El salón privado estaba apartado del resto del comedor. Al cruzar la puerta, una luz tenue y una música suave nos envolvió de golpe. Nos esperaba una mesa larga, con copas relucientes, sillas tapizadas en terciopelo y una botella de vino abriéndose en manos de un camarero con guantes.

En una esquina, una pareja de chicas bailaba sobre una tarima baja. Llevaban ropa ajustada y tenían esa actitud ensayada que buscaba seducir sin escandalizar. Era una provocación elegante, diseñada para sugerir sin romper la atmósfera que envolvía todo.

—¿Esto lo has montado tú? —me preguntó Alberto, con una mezcla de sorpresa y tensión.

—Yo pedí "algo especial". No sabía que incluía este espectáculo en vivo.

Nos sentamos entre bromas y brindis. Empezamos con las copas, luego los entrantes y, después, una sucesión de platos que nadie recordaría al día siguiente, pero que en el momento parecían dignos de foto. Las bailarinas seguían a lo suyo, sutiles, sensuales, rotando entre el escenario y las mesas como parte del ambiente.

Marcos pidió otra ronda sin preguntar. Óscar hacía preguntas absurdas a la camarera solo para hacerla reír. Javi hablaba demasiado alto. Rafa... comía en silencio, observando.

—Si esto es solo el principio —murmuró Alberto, mientras apuraba su copa—, no sé si quiero saber cómo acaba la noche.

—No tengas miedo, ten respeto —añadió Marcos, acabándose su vino de un trago.

La música subió de volumen. Las luces bajaron un poco más. Y en ese momento, mientras Alberto reía con nervios y Marcos pedía la

tercera botella de vino "porque esta sí que está fría", todo parecía perfecto.

Poco después, la cena terminó entre risas, copas vacías y alguna ovación sin sentido. Nos levantamos con esa euforia que te sube cuando sabes que la noche acaba de empezar.

Khaled volvió a aparecer, impecable. Nos acompañó hasta el recibidor del hotel, donde, señalando el ascensor con un gesto discreto, dijo:

—Aquí tienen la llave de la Suite 601, que disfruten de la noche.

Subimos al ascensor entre empujones y comentarios absurdos.

3

"OBJETOS PERDIDOS"

Cuando la puerta de la suite se abrió todos nos quedamos impresionados, la habitación era un escándalo.

Salón amplio con sofá en forma de U, un minibar de esos que brillan como si te llamaran por tu nombre, una terraza con vistas a medio Cuenca y un jacuzzi redondo que parecía sacado de un anuncio de colonia cara. También había dos baños y tres habitaciones.

—Madre mía —murmuró Alberto—. Laura va a matarme si se entera de esto.

—Tranquilo —dije, palmándole el hombro—. Aquí no ha pasado nada. Y si pasa… nos lo llevamos a la tumba.

Marcos ya estaba inspeccionando el minibar como si buscara oro. Óscar y Javi abrían cajones como niños en casa ajena. Rafa se había sentado en una esquina, observando en silencio. Y Alberto... Alberto solo sonreía.

—Sobra de todo. Así que, señores... esta noche, es nuestra —dije, alzando la copa.

Y lo fue, durante unas horas.

La primera hora fue solo una toma de contacto. Música, copas y varias rondas de chupitos que aparecían de la nada.

Marcos había bajado al bar del hotel "a inspeccionar el terreno" y volvió acompañado de Khaled, que nos miraba como si ya supiera que aquello iba a acabar mal. En una bandeja traía una caja de puros, un encendedor y un cortapuros plateado.

—¿Seguro que se puede fumar aquí? —preguntó Alberto, más por fingir preocupación que por verdadero interés.

—No se puede. Pero Khaled es un artista del contrabando —dijo Marcos, brindando con su copa—. ¡Por Khaled!

Todos alzamos la nuestra, menos Rafa, que se la llevó a los labios en silencio.

—Por las últimas noches de libertad —añadió Óscar, que ya empezaba a hablar con esa intensidad que sólo da el ron con cola y las expectativas infladas.

El primer juego fue el clásico "Yo nunca".

Rafa fue el que más sorprendió. Nunca confesó haber hecho nada... y bebió en casi todas.

—¿Nunca has mentido en un currículum? —bebió.

—¿Nunca has robado en una tienda? —bebió.

—¿Nunca te has acostado con la ex de un amigo? —bebió.

Todos le miramos entre risas.

—Rafa, cabrón, ¿tienes una doble vida o qué? —preguntó Marcos.

—Tengo buena memoria —respondió, sin cambiar el tono.

Marcos propuso el segundo juego: "Verdad o reto".

Duró exactamente tres rondas. Todo acabó cuando Óscar, tras ser retado a meterse en el jacuzzi con toda la ropa puesta, se resbaló, tiró una botella de ginebra y casi se disloca el hombro.

Después de eso, pasamos a las "confesiones".

Nos sentamos en círculo, como en una terapia grupal, pero sin terapeuta y con más alcohol del recomendable.

—Si no estuvieras con Laura… ¿qué harías ahora mismo? —le pregunté a Alberto, sin pensar demasiado.

Él se quedó pensativo.

—Estaría en algún sitio con mar, currando lo justo y… sin dar explicaciones a nadie.

Hizo una pausa. Luego se encogió de hombros.

—Con alguien que no preguntara cada cinco minutos qué estamos haciendo.

—¿Qué pasa? ¿Laura no te deja respirar? —soltó Javi.

—Tengo el WhatsApp echando humo. Le he dicho que mañana le cuento todo y no ha vuelto a contestar. No presagio nada bueno.

—Eso suena a castigo por adelantado —añadió Óscar.

—Suena a una conversación seria, con muchas preguntas y miradas largas —remató Alberto.

—Venga, brindemos por la última noche antes del apocalipsis —dijo Óscar, levantando su copa.

Continuamos bebiendo, riendo y desvariando.

Solo eran las 22:15 y Javi y Óscar ya discutían sobre si "hacer la cucharita" contaba como posición sexual. Alberto estaba sentado en el borde del jacuzzi, con los pies dentro, cantando a media voz una canción que sonaba por los altavoces. Rafa seguía en su esquina, observando cómo si aquello fuera un experimento social.

Yo me había dejado caer en una de las butacas, con un vaso en la mano y el corazón a mil. Era uno de esos momentos extraños, en los que ya has bebido bastante como para no pensar con claridad, pero aún no lo suficiente como para perder la cabeza.

—¿Sabéis qué deberíamos hacer? —dijo Marcos, con esa voz que anuncia estupidez disfrazada de brillantez.

—¿Volver a nacer? —contestó Óscar.

—Grabar un vídeo, un documental de la noche con el testimonio de cada uno. Algo del estilo "soy Marcos, y esta es mi última noche de libertad emocional".

—Paso —dijo Javi, medio dormido.

—Yo sí lo haría —añadió Alberto—. Aunque solo sea para recordar que, por una vez, hicimos algo juntos.

La frase nos cayó encima como un jarro de agua fría, porque era verdad. Hacía tiempo que no estábamos todos así, juntos, sin parejas llamando, sin excusas de trabajo. Solo nosotros, como antes.

—Entonces empecemos —anunció Marcos, sacando su móvil.

Se lo pasó a Óscar.

—Graba tú, Oscar. Yo empiezo.

Se puso de pie, exagerando la postura como si fuera a recibir un Goya, y comenzó:

—Soy Marcos Castelló y tengo treinta y tres años. Mi padre dirige el bufete más repugnante y prestigioso de la ciudad, y yo me limito a hacer como que trabajo para no desentonar en Navidad. Esta noche tengo dos propósitos, no enamorarme de nuevo de una camarera, y no llamar a mi ex a las cinco de la mañana diciendo que "he cambiado".

Las risas fueron instantáneas. Incluso Rafa dejó escapar una especie de bufido que, viniendo de él, equivalía a una carcajada con lágrimas incluidas.

—Eres un puto cliché con patas —dijo Óscar, todavía grabando.

El móvil pasó a Javi, que, sin pensarlo demasiado, se plantó frente a la cámara.

—Soy Javi Morales y tengo treinta y dos años. Soy instructor de defensa personal, campeón de comas etílicos en segundo de carrera y ferviente defensor de que el sexo debería contar como cardio. Mi objetivo para esta noche es sencillo, no ser el primero en quedarse dormido... y no romper nada.

—Como tu dignidad —apostilló Óscar.

—Esa ya la rompí en 2017, en una boda en Teruel —respondió Javi, guiñando un ojo.

Le tocaba a Óscar. Se levantó, se sacudió la camiseta y se plantó con una seriedad falsa delante del objetivo.

—Soy Óscar Torres y tengo treinta y dos años. Soy vegano, soltero y más flexible de lo que parece. Esta noche solo aspiro a una cosa, sobrevivir a Javi... y conseguir que Marcos no termine ligándose a una señora casada con dos hijos y una hipoteca.

—¿Otra vez con eso? —protestó Marcos—. ¡Estaba separada!

—Y tú estabas en su sofá cuando volvió el marido —le recordó Óscar.

—¡Ese es un detalle sin importancia, tío! —respondió Marcos, riendo.

El móvil llegó a Alberto, que dudó un segundo, se echó una mano al pelo mojado y habló:

—Soy Alberto Martín y tengo treinta y cuatro años. Me caso en una semana. Estoy completamente enamorado y, sinceramente, esta noche solo quiero una cosa, no cagarla. Y pasármelo bien con mis amigos, como cuando éramos unos chavales.

Entonces me dieron el móvil a mí.

Lo sostuve un momento. Miré a la cámara y dije con contundencia:

—Soy Alejandro Serrano y tengo treinta y cuatro años. Esta noche estoy donde tengo que estar.

Corto. Simple. Sincero.

Y luego, Marcos alzó la copa.

—¡Pues brindemos, joder!

Y brindamos. Con copas y vasos medio vacíos, con la habitación hecha un desastre y la sensación de que habíamos detenido el mundo durante unos segundos.

Rafa fue el último en recibir el móvil.

Se lo quedó mirando un rato. Luego alzó la vista, nos recorrió con la mirada como si evaluara el nivel de idiotez acumulada en la habitación y habló con voz pausada:

—Soy Rafael Gómez y tengo treinta y cinco años. No tengo objetivos para esta noche... solo curiosidad por ver quién mete la pata primero.

—¿Eso es todo? —preguntó Javi.

—Eso es más que suficiente —respondió Rafa, dejando el móvil en la mesa con precisión quirúrgica.

—Típico de Rafa —dijo Óscar, sirviéndose otro chupito—. El hombre que haría de villano en su propia serie y te acabaría cayendo bien.

—O peor —añadió Marcos—. El tipo que no escribe el guion y encima se queda con los derechos.

Javi alzó el vaso.

—Propongo otro brindis. Por la jodida amistad, aunque no nos aguantemos a veces.

—¡Por esta noche! —añadí yo, levantando mi copa.

—Y por la camarera del desayuno, que aún no la hemos visto pero ya la quiero conquistar —cerró Marcos, antes de beberse lo que le quedaba en la copa de un trago.

La música sonaba suave, flotando en el aire como una neblina invisible. La habitación ya estaba impregnada de ese olor inconfundible a alcohol, al cloro del jacuzzi y a algo más indefinido, una promesa en el ambiente de que esa noche iba a quedarse grabada para siempre.

Alberto se levantó del sofá y se estiró, dejando su vaso sobre la barra del minibar.

—Voy a ponerme presentable. Luego buscamos una discoteca decente, ¿no?

—No tardes —dijo Óscar—, que si no acabamos en un karaoke.

—Nada de discotecas cutres —soltó Marcos.

Alberto desapareció por el pasillo que llevaba al dormitorio principal. Le oímos abrir cremalleras y murmurar algo. Yo me acerqué a la mesa, que estaba llena de servilletas mojadas y vasos vacíos.

Javi estaba encendiendo un puro de los que había traído Khaled.

—¿Alguien más? —ofreció, levantando la caja.

—Ni de coña —dije.

—Yo sí —dijo Óscar, cogiéndolo—. Pero solo si me lo enciendes con clase.

—¿Clase? —repitió Javi, cogiendo el mechero—. Te lo voy a encender con estilo.

Rafa se levantó en ese momento, fue hasta la nevera pequeña y la abrió. Miró dentro como si estuviera evaluando los niveles de decadencia permitida, sacó una botella de agua y se la bebió. Luego se quedó ahí, de pie, mirando hacia la terraza.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Contando los segundos que faltan para que algo raro pase —respondió sin girarse.

Ninguno le hicimos demasiado caso. Rafa siempre había sido un tío raro. Muy listo, sí, pero raro.

A veces se quedaba callado durante horas, como si desconectara del mundo. No hablaba, no reaccionaba, solo observaba. Y otras veces, en cambio, parecía normal, hablador, incluso gracioso. Iba por rachas. Nunca sabíamos con qué versión de Rafa nos íbamos a encontrar, pero en el fondo le teníamos cariño.

Alberto volvió al salón oliendo a colonia. Llevaba el pelo recién peinado, y una sonrisa floja, de esas que solo salen cuando uno está en su punto exacto de alcohol.

—Ahora sí —dijo—. Estoy listo para salir de fiesta.

—Coged lo que necesitéis que nos vamos —dijo Marcos, mientras se palpaba el bolsillo y comprobaba que la cartera seguía

ahí.

La música se apagó de golpe cuando Óscar desconectó los altavoces. Javi bajó las luces, Alberto apuró lo poco que le quedaba en la copa y echaba un último vistazo a la ciudad por el balcón.

Ya estábamos todos reunidos en la puerta, los seis, listos para salir. Fue entonces cuando algo nos detuvo en seco.

Un sonido metálico, seco, que venía desde uno de los dormitorios de la suite.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Alberto.

—Yo también lo he escuchado —dijo Marcos—. Como un... clic.

Me di la vuelta y caminé hacia la puerta del dormitorio del que venía el sonido. Al entrar, comprobé que no había nadie más dentro. Solo estaba mi mochila sobre la silla, una lámpara encendida lanzando sombras suaves, la cama medio deshecha y...

Una maleta negra, justo al lado del armario.

—¿De quién es esto? —pregunté.

Se hizo un silencio.

Los pasos de los demás sonaron detrás de mí. Uno a uno, entraron en la habitación, arrastrados por la curiosidad.

Javi fue el primero en asomarse, Óscar le siguió, y luego el resto.

—¿Esto estaba aquí antes? —preguntó Marcos.

—Creo que no —respondí.

—¿Puede ser de algún huésped anterior? —dijo Oscar—. Igual se la dejaron y...

—¿Y el servicio de limpieza no la ha visto? —respondió Javi—. Vamos, ni de coña.

Nos miramos durante unos segundos, intercambiando miradas rápidas, cada uno esperando que fuera otro el que tomara la iniciativa.

—¿La abrimos? —dije finalmente.

—A ver si va a tener droga —murmuró Marcos—. O peor... bragas usadas.

—¿Bragas? ¿Dónde? —dijo Oscar, entre risas.

—No es gracioso —dijo Alberto, con un gesto serio.

Me agaché junto a la maleta, notando cómo el peso de todas las miradas caía sobre mí. La maleta tenía doble cremallera y estaba reluciente, como si fuera nueva.

Tiré de una de las cremalleras y la maleta se abrió. Todos se inclinaron un poco más, con los ojos fijos en el interior.

Dentro, lo primero que vi fue una chaqueta negra, perfectamente doblada, como si alguien la hubiera colocado ahí con sumo cuidado. La aparté despacio y, justo debajo, apareció lo inesperado. Una pistola y un pasaporte.

Cogí el pasaporte y lo abrí.

Tenía una foto con mi cara, la de Alejandro Serrano.

Pero el nombre no era el mío.

Tardé un segundo en reaccionar, tal vez dos. El tiempo justo para que mi cerebro dijera: "Esto no tiene ningún sentido."

—¿Qué cojones...? —murmuré, sin tocar nada.

Marcos se agachó a mi lado, con los ojos muy abiertos.

—Esa pistola es... ¿una Glock?

—¿Y eso lo sabes por experiencia o por Netflix? —preguntó Óscar.

—Ambas —respondió él, sin apartar la vista del arma.

La pistola estaba cuidadosamente envuelta en un trapo negro. Al desenvolverla, brilló bajo la luz, limpia, intacta, sin una sola huella ni arañazo. Casi parecía recién salida de la caja, como si nadie la hubiera usado jamás.

El pasaporte mostraba una foto mía, tomada quién sabe cuándo, y un nombre que no había oído en mi vida: *Erik Van Daalen*. *Nacionalidad holandesa.*

—¿Esto es una broma? —pregunté en voz alta—. ¿Lo habéis hecho vosotros?

—¿Tú crees que tenemos tiempo, presupuesto y conocimientos para falsificar un pasaporte? —dijo Marcos.

—Y una pistola —añadió Javi.

Alberto ya no estaba de pie. Se había dejado caer en la cama, blanco como una sábana.

—¿Y si alguien la ha dejado por error? —sugirió Alberto.

—¿Y si alguien la ha dejado a propósito? —corrigió Rafa, que ahora sí se había acercado y observaba el contenido con una calma casi insultante.

—¿Quién haría eso? —dije, con la voz más tensa de lo que quería aparentar.

Rafa cogió el pasaporte, lo inspeccionó brevemente y me lo devolvió.

—Esto está bien hecho, no es una copia barata.

—¿Y qué significa eso? —preguntó Javi.

—Que esto no es una broma.

Marcos empezó a pasearse por la habitación con las manos en la cabeza.

—Vale, vale, pensemos. ¿Y si alguien ha entrado en la habitación mientras estábamos despistados? ¿Y si ha dejado esto aquí sin que nos diéramos cuenta?

—¿Con qué objetivo? —preguntó Óscar—. ¿Involucrarnos en algo?

—No tengo ni idea —dije.

De nuevo, silencio.

Solo se oía el leve borboteo del jacuzzi en el salón.

El pasaporte seguía en frente de nosotros. Mi foto, pero con otro nombre. Y la pistola, negra, limpia y reluciente.

—Deberíamos dejarlo todo tal cual está y llamar a la policía. —dijo Rafa.

—¿Estás loco? —soltó Marcos—. ¿Y decirles qué? ¿Que hemos encontrado una pistola en una maleta con un pasaporte falso que tiene la cara de nuestro colega? ¿Tú sabes lo que tardan en meterte en un calabozo por falsedad documental?

—Pues peor será si lo escondemos —dijo Javi—. Si alguien está vigilando y ve que lo manipulamos, que lo tocamos...

—Javi, no te vuelvas paranoico —le cortó Oscar—. No hay nadie vigilando, solo estamos nosotros.

—¡Nadie está vigilando! —añadí, levantando la voz más de la cuenta.

Y en ese momento, como si el universo estuviera esperando justo esa frase para joderlo todo, se escuchó el sonido de una puerta abriéndose lentamente.

Después se escucharon pasos, rápidos, irregulares. Avanzando con urgencia dentro de la suite.

Luego, algo pesado cayó al suelo de un golpe seco.

Y, por último, escuchamos el sonido de una puerta cerrándose.

Nos quedamos paralizados.

—¿Qué ha sido eso? —soltó Alberto, incorporándose de golpe de la cama.

—¿Hay alguien más aquí dentro? —dijo Marcos, con los ojos como platos.

Rafa salió de la habitación. En el salón todo parecía normal, pero la puerta del cuarto de baño ahora estaba entornada.

Rafa empujó la puerta del baño con una calma que parecía fingida.

Y entonces lo vimos.

—¡Hostia puta! —gritó Óscar, dando un paso atrás.

Un hombre, tirado en el suelo.

Tenía la cabeza ladeada, el rostro pálido y los ojos abiertos. El cuerpo estaba rígido, como un saco. En el pecho y en la sien, dos orificios marcaban con claridad la entrada de las balas que le habían arrebatado la vida.

Muerto, muerto de verdad.

—¡Joder, joder, joder! —gritó Javi, alejándose—. ¡¿Quién coño es ese?!

—¡Esto no puede estar pasando! —dijo Alberto, apoyándose en la pared, a punto de llorar.

Yo no me movía. No podía.

Marcos se quedó paralizado con la boca abierta.

Rafa se agachó junto al cadáver con una sangre fría que daba miedo. Sacó una cartera del bolsillo interior de la americana del muerto, la abrió y leyó en voz alta.

—Erik Van Daalen.

Silencio.

Era el mismo nombre que aparecía en el pasaporte. El tipo existía, la sangre era real, y el cadáver estaba ahí, en nuestro baño.

Me llevé las manos a la cara y me froté los ojos con fuerza, como si ese gesto pudiera hacer desaparecer todo, como si bastara para reiniciar la realidad y volver atrás, aunque fuera solo por un segundo.

—¡No es posible! —solté, mirando al resto—. ¡Esto tiene que ser una jodida broma! ¡Una cámara oculta!

—¡Esto no es una broma, Alejandro! —espetó Marcos, temblando—. ¡Tenemos un puto cadáver en la habitación y tú tienes un pasaporte falso en la mano!

—¿Cómo ha entrado? —dijo Alberto, con la voz quebrada.

Nadie respondía. Nadie se atrevía a tocar nada, ni siquiera a acercarse un paso más al muerto. Estábamos inmóviles, como si el simple hecho de romper la distancia pudiera desencadenar algo todavía peor.

El miedo que nos recorría a todos podía palparse, como si cada uno de nosotros estuviera conteniendo el aire a la espera de que todo esto, de alguna manera, desapareciera.

Y entonces, se escuchó otro clic.

Ahora en la puerta principal.

4

"Has Sido Activado"

Tres golpes secos y firmes hicieron que la puerta de la suite se estremeciera.

Fue entonces cuando una voz brotó desde el otro lado.

—¿Está todo bien ahí dentro?

Nos miramos como si alguien tuviera la respuesta. Pero no, nadie la tenía. Solo teníamos un cadáver, una pistola, un pasaporte falso y, ahora, a alguien al otro lado de la puerta.

—No abras —susurró Óscar, que se había refugiado detrás de una cortina, como si eso lo hiciera invisible.

—¿Y si es Khaled? ¿O alguien del servicio? —dijo Alberto, con la voz agarrotada.

—¿Y si es quien ha dejado la maleta? —respondió Rafa, ya de pie, como un centinela.

Otro golpe en la puerta, ahora más fuerte.

—¡¿Hay alguien ahí dentro?! ¡Abran, por favor!

La voz no se parecía a la de nadie con quien hubiéramos hablado ese día.

—Tío, hay un muerto —dijo Javi, sudando a chorros—. No podemos dejar entrar a nadie, no podemos.

—Tenemos que pensar —dije, intentando que mi voz no se quebrara—. No tocar nada más, no mover el cuerpo, no decir una palabra que nos pueda incriminar… Que no parezca que hemos hecho nada.

—Pero tenemos el puto cadáver aquí, Alejandro —replicó Marcos—. Eso ya parece bastante.

—Shhh —dijo Rafa, alzando la mano.

Hablábamos en susurros, conscientes de que cualquier ruido podía delatarnos.

Rafa se acercó despacio a la puerta y pegó el ojo a la mirilla.

—No lleva el uniforme del hotel, va vestido con un traje negro. Sea quien sea este tipo, está claro que no trabaja aquí.

—Entonces, ¿quién es? —pregunté.

—Ni idea, pero no se mueve. Solo está ahí.

—¿Y si intentamos hacerle creer que no hay nadie? —propuso Óscar—. Fingimos que estamos dormidos, no respondemos, y que se pire.

—Y si no lo hace, ¿qué? —soltó Marcos—. ¿Nos quedamos aquí con el fiambre toda la noche?

—¿Y si llama a la policía? —dijo Alberto, llevándose las manos a la cabeza. Tíos, que yo me caso en una semana, no puedo acabar metido en este lío ahora.

Marcos se acercó a mí.

—Alejandro, ese pasaporte. ¿Estás seguro de que tú no...?

—¿Tú crees que falsificar documentos y esconder cadáveres es mis pasatiempos? —le solté en voz baja.

Se hizo otro silencio. Todos miraban al cuerpo como si esperaran que desapareciera por arte de magia.

Y entonces, desde el otro lado de la puerta, se escuchó algo.

—Por favor... —dijo la voz, esta vez más baja—. Alejandro Serrano, ¿estás ahí?

El miedo me atravesó como un escalofrío, helándome por dentro. Por un momento, sentí que me fallaban las piernas y el estómago se

me encogía de puro terror.

—¿Ha dicho tu nombre? —susurró Javi.

—Lo hemos escuchado todos —dijo Óscar, completamente desencajado.

—¿Quién coño es ese? —susurro Marcos.

Yo no sabía qué decir, no entendía nada de lo que estaba pasando.

Solo sabía una cosa, alguien ahí fuera me estaba buscando y ya no podía fingir que no pasaba nada.

—¿Cómo sabe mi nombre? —pregunté en voz baja, pero nadie respondió. Todos me miraban como si la respuesta estuviera escrita en mi cara.

—¿Le conoces? —preguntó Alberto, con la cara pálida.

—No. No tengo ni puta idea de quién es —susurré, después de mirar por la mirilla.

Otro golpe sacudió la puerta. No tan fuerte como antes, pero insistente. Y luego la voz:

—Sé que estás ahí, necesito hablar contigo. No te haré daño.

—¿Eso debería tranquilizarnos? —susurró Óscar—. Porque a mí me suena a frase de psicópata antes de sacar un cuchillo.

—¿Y si está armado? —preguntó Marcos.

—¿Y si no viene solo? —añadió Javi.

Yo sentía cómo el corazón me golpeaba las costillas, como si quisiera salirse de mi cuerpo.

—Tenemos que hacer algo —dije.

—¿Qué? ¿Abrirle? ¿Invitarle a un chupito? —soltó Marcos,

—¿Y si llamamos a recepción? —propuso Óscar—. Les decimos que hay un desconocido en la puerta y que nos está molestando. Sin mencionar al cadáver, claro.

Rafa seguía en la mirilla, inmóvil.

—Se ha agachado. Está haciendo algo...

—¿Qué? —pregunté, acercándome.

Rafa no respondió al momento. Luego giró la cabeza hacia mí, muy despacio.

—Ha dejado algo en el suelo y… se está yendo.

Yo di dos pasos, acercándome de nuevo a la mirilla. A través del pequeño círculo de cristal vi una figura de espaldas, alejándose por el pasillo.

Y en el felpudo de nuestra suite… una carpeta negra.

—¿Qué cojones...? —murmuré.

—¿Se va? —dijo Javi.

—Sí —confirmó Rafa—, pero ha dejado una carpeta en el felpudo. Parece que es para nosotros.

—¿Una carpeta en el felpudo? —preguntó Alberto.

—Ni se os ocurra abrir la puerta —dijo Óscar.

Yo no me movía, ni siquiera respiraba. Solo veía esa carpeta ahí fuera, como un mensaje que no sabía interpretar.

—¿Y si es una advertencia? —dije.

—¿Y si es una instrucción? —añadió Rafa.

Marcos soltó una carcajada nerviosa, mirando a Rafa como si acabara de soltar el tráiler de una mala serie.

—O una bomba. ¿Alguien ha pensado que puede ser una bomba? —dijo Marcos.

—¿Por qué quieres convertir todo en una película, Rafa? —dijo Óscar, exasperado.

—¿Quizá porque tenemos un muerto en el baño? —respondió Rafa.

Silencio. De nuevo.

Solo el zumbido del aire acondicionado y nuestros pensamientos desbocados.

Y esa carpeta negra, esperando al otro lado de la puerta.

Durante un minuto, nadie se atrevió a moverse. Todos miraban la puerta como si del otro lado pudiera brotar fuego, una explosión o un segundo cadáver. Yo fui el primero en reaccionar.

—Voy a abrir —dije.

—¿Estás seguro? —preguntó Rafa.

—No, pero lo voy a hacer igual.

Me acerqué hasta la puerta, cada paso era una pregunta sin respuesta. Miré por la mirilla una última vez. El pasillo estaba vacío.

Abrí la puerta.

Nada.

Solo la carpeta, negra. Colocada con precisión en el centro del felpudo, como si fuera una ofrenda.

La cogí.

Pesaba poco.

Cerré la puerta con la misma rapidez con la que había abierto y me giré hacia los demás, sintiendo todas las miradas clavadas en mí.

—¿Y bien? —preguntó Marcos.

Dejé la carpeta sobre la mesa. Los demás la rodearon, manteniendo la distancia, como si estuviéramos a punto de hacer una autopsia.

Abrí la solapa.

Dentro de la carpeta había tres cosas, solo tres.

Un pequeño sobre.

Un pendrive negro, sin logos, sin marcas, pegado con cinta a una tarjeta que decía: "Reprodúcelo únicamente si estás solo. Después

destrúyelo.”

Y un móvil antiguo, de los de tapa, encendido.

Todos nos quedamos mirando el contenido, tratando de asimilar lo que veíamos, como si fuera algún tipo de broma demasiado retorcida.

Abrí el sobre con las manos temblorosas. Dentro encontré una nota, doblada con cuidado, que esperaba para ser leída:

Alejandro:

Ya no hay vuelta atrás, has sido activado. No porque tú lo hayas decidido, sino porque el protocolo lo exige.

Reproduce el contenido del USB solo una vez. Después, destrúyelo. No lo copies. No lo compartas. Nadie mas puede ver el contenido de ese USB.

En el teléfono hay un único contacto grabado. Llámalo cuando estés listo.

Me temblaban las manos.

—¿Qué cojones significa “has sido activado”? —preguntó Javi.

—Esto es una locura —dijo Oscar, con el móvil en la mano.

Nadie hablaba.

La carta seguía abierta sobre la mesa, el móvil aún encendido, y el pendrive, intacto.

Todo parecía más pesado de lo que realmente era.

—¿Y si es un farol? —preguntó Alberto, aun en shock—. ¿Y si esto forma parte de una especie de montaje? ¿Una especie de escape room psicótico?

—¿Con un cadáver real en el baño? —dijo Rafa, señalando hacia dentro sin mirar.

—No tiene sentido —añadió Oscar—. ¿Por qué Alejandro? ¿Por qué ahora?

No supe qué responder, porque yo tampoco entendía nada. Todo aquello me parecía un error monumental, una especie de broma de mal gusto llevada demasiado lejos. Pero ahí estaban las instrucciones, claras y precisas. Mi nombre, mi cara, todo dirigido a mí. Y esa frase, repitiéndose en mi cabeza como un eco imposible de callar: "Has sido activado."

Silencio.

Rafa se había quedado mirando el teléfono. No lo tocaba, solo lo observaba.

—Llama —dijo finalmente.

—¿Qué?

—Llama al contacto. Averigua quién está detrás. No tenemos tiempo que perder, quizá aun podemos solucionar este problema.

Tragué saliva antes de atreverme a coger el móvil. El aparato pesaba más de lo que parecía, o tal vez era el momento.

Accedí a la agenda con el pulso acelerado. Solo había un contacto.

El dedo me temblaba.

—¿Y si vemos qué hay en el USB antes de llamar? —propuse, con el pulso acelerado.

—¿Y lo de reproducir únicamente si estás solo? —dijo Rafa, señalando la mesa—. Lo pone bien claro en la carta.

—A estas alturas, poco importa —gruñó Marcos, mientras caminaba hacia la tele.

5

"SYNAPSE CORPORATION"

Marcos se acercó al televisor y conectó el pendrive al lateral del televisor sin titubear.

En cuanto lo hizo, la pantalla se encendió de inmediato, llenando la habitación con una luz tenue. Un fondo de color negro ocupó toda la pantalla.

Luego, apareció una frase en letras blancas: *CONFIDENCIAL.*

Y sin transición, el vídeo arrancó.

Era la grabación de una cámara de seguridad, en blanco y negro. Una fecha, parpadeaba en la esquina inferior, indicando que la grabación era de un día antes.

La toma abarcaba todo el pasillo de la sexta planta del hotel, justo donde estaba nuestra suite. Se podía distinguir con claridad la puerta, y sobre ella, unas letras doradas en las que ponía "Suite 601".

La cámara lo vigilaba todo, cada puerta, cada sombra.

El ascensor, al fondo del pasillo, se abrió lentamente. De su interior salió un hombre.

Caminaba con calma, sin prisa, directo hacia la puerta de la Suite.

—Ese es... —susurró Javi.

—El del baño —dije yo—. Es el muerto.

Misma cara, misma ropa. Aún vivo y caminando sin prisa.

En el instante en que el hombre cruza la puerta de la suite, la pantalla parpadea, como si de una interferencia se tratara. Cuando la imagen vuelve, la perspectiva ha cambiado.

Ahora, la cámara ofrece una visión en primera persona, como si estuviera sujeta al pecho de alguien. Se ve cómo esa persona entra en el hotel, atraviesa el recibidor de la recepción, entra en el ascensor y pulsa el botón del sexto piso.

El ascensor sube en silencio, con el zumbido sordo de la maquinaria acompañando la espera. Cuando las puertas se abren, la persona sale y avanza por el pasillo desierto.

La persona recorre el corredor hasta detenerse frente a la puerta de la habitación 601, la suite. Se oye el chasquido nítido de una llave entrando en la cerradura y el giro del mecanismo. La puerta se abre con un leve susurro y la cámara —o quien la lleva— cruza la puerta.

Dentro, sentado en el sofá, está el hombre que ahora yace muerto en nuestro baño, Erik Van Daalen. Sostiene un vaso entre las manos y bebe despacio.

Van Daalen se gira, y sus ojos se clavan en la puerta, fijos, atentos, incapaz aún de adivinar lo que está a punto de suceder.

—¿Tú otra vez? —dice, con fastidio—. ¿Qué coño quieres ahora?

La cámara se agita de repente. Un brazo sube, empuñando una Glock que aparece en primer plano. Van Daalen se levanta de golpe del sofá.

—¡Espera! ¡Ni se te ocurra! ¡No sabes lo que estás haciendo!

Dos disparos. Rápidos. Secos. Uno le atraviesa el pecho y el otro la cabeza. El cuerpo de Erik cae hacia atrás, inerte.

La cámara permanece quieta, grabando el cadáver durante varios segundos, mientras el único sonido que llena la habitación es el zumbido del aire acondicionado.

Y entonces, dos manos aparecen por delante del objetivo, agarran la cámara y la giran ciento ochenta grados. Y ahí está.

La cara del asesino.

La cara de Alejandro Serrano.

Mismo rostro, misma forma de mirar, el lunar inconfundible en la ceja izquierda y esa diminuta cicatriz junto al labio inferior. El Alejandro del vídeo sonríe, mira directo al objetivo y dice:

—Feliz despedida de soltero, chicos.

La pantalla se vuelve de color negro, el video ha terminado.

—¿Eso... era… real? —balbuceó Alberto, mareado y pálido como un cadáver.

—¡¿Real?! —soltó Javi—. ¡¿Has visto lo mismo que yo?! ¡Le ha volado la puta cabeza!

—¡No puede ser! —dijo Óscar, con la voz quebrada.

—¡Ese eras tú! —espetó Marcos, señalándome—. ¡No me jodas, Alejandro, esas eras tú!

—¡No! ¡Yo no he hecho eso! ¡No soy yo! —grité, sintiendo que se me despegaba el alma del cuerpo.

—¡Pero es tu jodida cara! —dijo Alberto—. ¡Tu cara, tu voz, tu jodido "feliz despedida de soltero"!

—¡Que no soy yo! —grité, al borde del colapso.

Marcos tiró una copa contra la pared. El cristal estalló en mil pedazos.

—¡¿Y entonces qué cojones estamos viendo, eh?! ¡¿Un deepfake?! ¡¿Un sketch de El Hormiguero?! ¡Explícamelo, porque yo he visto cómo disparabas a un tío en el pecho y en la puta cabeza!

—¡Me están jodiendo, joder! ¡Esto es un montaje, una trampa! ¡No tengo ni idea de lo que está pasando!

Oscar se puso entre Marcos y yo, intentando evitar que la tensión escalara.

—¡Basta, coño! ¡No vamos a arreglar esto a gritos! —dijo Oscar.

—¿No? —dijo Marcos, con los ojos inyectados—. ¿Tú sabes la cantidad de años que te caen por asesinato?

—¡Que yo no lo he hecho! ¡Me han suplantado! ¡Es alguien con mi cara! ¡Será inteligencia artificial, joder, lo que sea!

—¿Y si no? —intervino Rafa, desde un rincón—. ¿Y si sí eres tú?

Me giré hacia él.

—¿En serio me estás preguntando eso? ¿De verdad crees que podría hacer algo así? Tenéis que creerme, joder. Nos conocemos de toda la vida.

Se produjo un silencio tenso, casi irrespirable. Nadie se atrevía a mirarme a los ojos. Todos parecían estar procesando, a la vez, miedo, incredulidad y rabia.

De repente, Marcos estalló y golpeó la mesa con tal fuerza que hizo saltar varios vasos. El estruendo cortó el silencio como un hachazo. Se giró hacia nosotros, con los ojos inyectados de ira y el pecho subiendo y bajando como si le costara contenerse.

—¡No os equivoquéis! —dijo, señalándonos con el dedo—. Si esto acaba mal, no es solo Alejandro el que se va a comer la mierda.

—¿Qué dices?

—Digo que, si la poli entra ahora mismo por esa puerta, nos van a acusar a todos de encubrimiento. ¿Sabéis la pena que conlleva? ¿Sabéis cuántos años te meten por no avisar, por manipular una escena del crimen, por destruir pruebas?

—¿Y qué quieres que hagamos? —dijo Oscar, alzando los brazos, sin ocultar la desesperación.

—¿Qué quiero que hagamos? ¡Que Alejandro coja ese puto teléfono y empiece a solucionar lo que ha empezado!

El móvil seguía en la mesa, en el centro de todo, como una bomba sin temporizador.

Yo lo miraba, pero no lo tocaba.

—Alejandro, llama —dijo Javi, cruzado de brazos.

—No voy a llamar —dije, con la boca seca—. No pienso entrar en su juego.

—¿No? —soltó Óscar—. ¿Después de lo que hemos visto? ¿Después del vídeo?

—¡Precisamente por eso! —grité—. ¡Me están jodiendo la vida, Óscar!

—i¿Y cuál es tu plan, tío?! —se metió Alberto—. ¿Quedarnos aquí con un cadáver pudriéndose en el baño? ¡Yo me tengo que casar, joder!

—Esto no va a quedarse así —añadió Alberto, acercándose a mí con sus ojos clavados en los míos—. Llama. Ahora. O lo haré yo.

—Ni se te ocurra tocar ese móvil —solté, al borde del pánico.

—¡Entonces hazlo tú, hostias!

Los cinco me rodeaban, como si fueran mis enemigos.

Cogí el teléfono, notando cómo me sudaban las manos. Abrí la agenda con los dedos temblando sobre la pantalla. El silencio en la habitación era absoluto. Dudé un segundo, antes de atreverme a pulsar el botón de llamar.

Un tono. Dos. Tres.

Click.

Una voz mecánica, neutra, masculina.

—Alejandro Serrano. ¡Hola!

—¿Quién eres? ¿Quiénes sois? ¿Por qué me hacéis esto?

—Alejandro, Alejandro —dijo la voz, jugando con mi nombre—. Hay respuestas que preferirás no saber.

—¿Qué está pasando? ¿Qué queréis de mí?

—Respóndeme, Alejandro. ¿Has visto el contenido del USB?

Tragué saliva.

—Sí.

—¿Estabas solo?

Dudé una milésima de segundo.

—Sí.

Silencio.

—¿Seguro? —insistió la voz.

—Sí —mentí, con la garganta en un nudo.

La respuesta tardó, pero cuando llegó, nos congeló a todos.

—En la habitación están contigo: Marcos Castelló, treinta y tres años. Óscar Torres y Javi Morales, ambos treinta y dos. Alberto Martín, treinta y cuatro. Rafael Gómez, treinta y cinco.

Los cinco se miraron entre sí. Nadie respiraba.

—Todos han visto lo que no debían ver, ya no hay vuelta atrás.

—¿Qué coño significa eso? —soltó Marcos.

—Que ya no podéis desaparecer, ni fingir que no ha pasado. Habéis cruzado una línea.

—¡¿Y qué cojones se supone que somos ahora?! —bramó Marcos—. ¡¿Culpables por mirar una pantalla?!

—Sois testigos —respondió la voz—. Y eso os hace parte del juego.

—¡No podéis obligarnos a hacer nada! —dijo Rafa.

—Claro que no. Podéis quedaros a esperar a que alguien encuentre el cadáver, podéis intentar explicar todo esto con palabras. A ver cuánto tardáis en estar en todos los telediarios.

Silencio.

—¿Qué... qué hacemos con el cuerpo? —pregunté, apenas en un susurro.

Al otro lado de la línea se escuchó un leve crujido, como el roce de una hoja de papel al ser pasada con calma. Durante un instante, solo existió ese sonido, seco y casi íntimo, llenando el silencio entre mis palabras y las suyas.

—En el armario del pasillo hay una bolsa negra en la que encontraréis lo necesario. Guantes. Productos químicos. Tenéis que limpiar la escena, y debéis hacerlo cuanto antes.

—¿Y después?

—Después, si hacéis lo que os pido, puede que os dejemos tranquilos. Si no… bueno. En ese caso, puede que os llegue una mala noticia. Sería una pena que a alguien como Laura le ocurriera algo, ¿verdad, Alberto?

La llamada terminó.

Durante un segundo nadie dijo nada.

Alberto le pegó un puñetazo a la mesa, con los ojos clavados en el móvil como si esperara que la pantalla le ofreciera alguna explicación.

—Pero ¿quién coño es ese tío? ¿Y cómo sabe lo de Laura? —gritó, sin apartar la vista del móvil.

Nadie supo qué contestar.

Yo sentía el corazón golpearme en la garganta. Miré al resto. Todos estaban igual, quietos, procesando, con la tensión colgando en el aire como una niebla espesa.

—¿Habéis oído lo mismo que yo? —preguntó Óscar.

—¿Lo de limpiar la escena? Sí, bien claro —dijo Marcos, cruzado de brazos.

—Ha dicho que hay una bolsa, en el armario del pasillo —recordó Rafa, serio.

—Esto es de locos tíos… —murmuró Javi—. ¿Cómo cojones saben que estamos aquí? ¿Y quiénes somos?

Todos nos quedamos en silencio, pensando durante nos segundos que se hicieron eternos. Después, como activados por el mismo pensamiento, comenzamos a mirar alrededor.

—Nos tienen que estar vigilando con cámaras —dijo Rafa, instintivamente.

Durante media hora, revisamos cada rincón de la suite, detrás del televisor, en las lámparas, bajo los muebles, entre las cortinas, dentro del falso techo del baño. Lo abrimos todo. Levantamos cojines, tiramos de cables, desmontamos hasta una lámpara de pie.

Y entonces Óscar la encontró.

—¡Eh! Mirad esto...

Camuflada en un hueco de la esquina superior de la estantería, había una pequeña cámara. Apenas del tamaño de una caja de cerillas, con un texto grabado en un lateral en el que se leía: *SYNAPSE CORPORATION*.

—No es la única —dijo Rafa, desde el otro lado de la suite—. Aquí hay algo más.

Sacó, de debajo del sofá, un pequeño objeto negro con una rejilla en un extremo. Era un micrófono.

También llevaba el mismo nombre grabado: *SYNAPSE CORPORATION.*

—¿Qué cojones? —dijo Javi, girando uno de los dispositivos en sus manos.

Aquello ya no era una simple maleta, una pistola o una llamada misteriosa. Eran símbolos de algo mucho más grande, de vigilancia y control. Alguien nos observaba, alguien conocía cada detalle, cada palabra y cada cosa que habíamos hecho.

—Si ya nos han grabado con el cadáver… —dijo Rafa, como pensando en voz alta— lo mejor que podemos hacer es seguir las instrucciones.

—¿Qué? —soltó Óscar—. ¿Estás diciendo que colaboremos con… con quien sea que esté detrás de esto?

—¿Tienes una alternativa mejor? —respondió Marcos, mirándole fijamente—. Nos han grabado, tío, en la suite, con una puta pistola, con un pasaporte falso y… con un cadáver a pocos metros. Si eso sale a la luz, da igual lo que digamos, nos hunden a todos.

Hubo un silencio aún más incómodo.

—Ahora mismo —añadió Marcos, sin alzar la voz—, lo único que nos separa de una celda es que las grabaciones no se filtren. Así que, por jodido que suene, quizá hacer lo que nos dicen sea lo único que nos queda. Hay que salir al pasillo, y coger del armario el material de limpieza.

Las palabras quedaron flotando, pesadas, inevitables.

—¿Salir… fuera? —preguntó Javi, como si necesitara confirmarlo.

—Fuera —dijo Marcos.

—Yo no salgo —dijo Óscar, alzando las manos como si lo estuvieran apuntando con un rifle—. Lo siento, pero no. Que vaya otro.

—¿Qué vaya otro? —bufó Marcos—. ¿Crees que aquí hay voluntarios?

Rafa fue directo.

—Hay que salir, la bolsa está ahí fuera.

—i¿Y si nos ve alguien?! —protestó Alberto.

—Entonces mejor llevar algo para defendernos —dijo Marcos.

Cogió la Glock y la sostuvo unos segundos, observándola en silencio. Luego, con un gesto rápido y decidido, la deslizó en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Por si acaso.

—Voy yo —dijo Rafa—. No podemos perder tiempo.

—Yo también —añadió Marcos, ya ajustándose la chaqueta.

Todas las miradas se volvieron hacia mí.

—Ni de coña —dije, retrocediendo un paso.

—Tú vas a salir, Alejandro —dijo Rafa—. Eres el que nos ha metido en este lio.

—No quiero serlo.

—Demasiado tarde para eso —sentenció Rafa.

Suspiré.

6

"UNA COLADA... PESADA"

Marcos abrió la puerta con cautela y asomó la cabeza para revisar el pasillo. Todo parecía normal, el pasillo estaba completamente vacío.

—Vamos —dijo en voz baja.

Salimos los tres. Yo iba en medio, como un rehén entre escoltas.

El pasillo olía a desinfectante y los cuadros colgados en las paredes parecían mirarnos. El armario estaba a unos diez metros, cerrado.

Marcos llegó primero y tiró suavemente de la puerta que emitió un crujido. Dentro, una bolsa de deporte negra y un carrito de limpieza.

—Aquí está —susurró.

Rafa se mantenía alerta, vigilando nuestras espaldas.

Yo me agaché y, con las manos temblorosas, abrí la cremallera de la bolsa de deporte. Dentro encontré guantes, botes, toallitas, trapos y, para mi sorpresa, incluso un plano de la suite cuidadosamente doblado.

De repente, el silencio se rompió por el sonido del ascensor al abrirse. Nos quedamos inmóviles, con los músculos en tensión.

Giramos la cabeza al unísono y vimos, al fondo del pasillo, cómo las puertas del ascensor se deslizaban.

Del interior del ascensor salió una persona alta y vestida con un traje negro impecable. Caminaba hacia nosotros con una calma inquietante, de esa que pone los pelos de punta y te obliga a contener el aliento. Cada uno de sus pasos parecía calculado, como si nada pudiera alterarle.

—No jodas… —dijo Rafa—. Viene hacia aquí.

—Disimulad —ordenó Marcos, sin apartar la vista.

La figura avanzaba por el pasillo con paso firme, sin el menor atisbo de prisa. Mantenía las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo largo, y unas gafas de sol le ocultaban la mirada. Cada detalle, cada gesto, gritaba que solo podía tratarse de un espía o un loco.

—Vámonos, esto no me gusta nada —susurré, dando un paso atrás.

De pronto, la figura se detuvo en seco, a apenas diez metros de donde estábamos. El silencio se volvió absoluto. Sin apartar la vista de nosotros, deslizó lentamente una mano hacia el interior de su chaqueta.

—¡Eh, quieto ahí! —gritó Marcos, sacando la Glock y apuntándolo—. ¡Saca la mano o te reviento!

El tipo no pareció inmutarse, como si tuviera todo bajo control. Sin perder esa calma inquietante, sacó de su chaqueta una carpeta negra, sin ningún logotipo ni marca visible.

Se agachó con parsimonia, dejó la carpeta en el suelo ante nosotros y, tras incorporarse con la misma tranquilidad, se dio la vuelta y se alejó por el pasillo sin pronunciar ni una sola palabra. Como si nada de todo aquello hubiera ocurrido.

—¿Qué coño ha sido eso? —susurró Rafa, con los ojos clavados en la espalda del desconocido que se alejaba.

—Ni idea… pero casi me da un infarto —dije, todavía paralizado.

—¿Y si hubiera sacado otra cosa? ¿Una pistola? ¿Una jodida granada? —soltó Marcos.

—Volvamos dentro. Antes de que alguien más nos vea —ordenó Marcos, sin dejar de mirar hacia el fondo del pasillo.

Yo agarré la carpeta mientras Rafa y Marcos cogían la bolsa con el material de limpieza.

Volvimos a la suite, cruzando el pasillo a la carrera. Al entrar, cerramos la puerta de golpe, como si con ese gesto pudiéramos

dejar fuera todo lo que acababa de ocurrir.

—¿Qué coño ha pasado? ¿Por qué corréis? —preguntó Javi, en cuanto cerramos la puerta.

—Un tío —respondí, sin soltar la carpeta—. Apareció en el pasillo como si estuviera dando un paseo.

—¿Qué tío? —soltó Óscar—. ¿Alguien del hotel?

—No era del hotel, y tampoco era el mismo de antes —respondió Rafa, tajante—. Era otra persona.

Marcos dejó la bolsa sobre la mesa con un golpe seco y se giró.

—El hombre se paró a unos diez metros de nosotros y metió la mano en la chaqueta. Yo pensé que nos volaba ahí mismo, y le apunté con la Glock.

—¿Le apuntaste? —dijo Alberto, blanco como la pared.

—¿Y qué coño querías que hiciera? ¿Darle la mano?

—¿Y qué paso? —preguntó Javi.

—Esto —dije levantando la carpeta negra con una mano.

—¿Y no os dijo nada? —añadió Óscar.

—Ni una palabra —dije—. Dejó la carpeta en el suelo y se largó.

Alberto se dejó caer en el sofá, con las manos tapándole la cara.

—Esto se nos está yendo de las manos.

—¿Y si ese tío vuelve? ¿Y si no es el último? —preguntó Javi.

Nos miramos, pero ninguno teníamos la respuesta a esas preguntas. Solo teníamos esa carpeta, un cadáver en la bañera. Y un reloj que no paraba de avanzar.

Dejé la carpeta sobre la mesa. Dudando que hacer con ella, como si el mero hecho de abrirla fuera a desencadenar otro infierno.

—¿Qué hacemos? —preguntó Óscar, mirando la carpeta.

—Abrirla —dijo Rafa.

Marcos asintió y yo levanté la solapa de la carpeta.

Dentro, lo primero que vimos fueron las fotos.

Eran seis fotografías, tamaño carné, en blanco y negro. Las caras de cada uno de nosotros estaban alineadas en una hoja y pegadas con cinta como si fueran pruebas en un expediente policial.

No había nombres, ni nada escrito. Solo nuestras caras, mirándonos mudas desde el papel.

—No me jodas… —murmuró Rafa.

Marcos cogió la hoja y la estudió como si pudiera encontrar alguna pista invisible.

—¿Esto qué coño es?

—Parece un aviso —dijo Rafa, tragando saliva—. Como si quisieran dejarnos claro que saben perfectamente quiénes somos.

En la carpeta, también había una carta, que abrí con manos temblorosas.

Estaba escrita a mano y el trazo era idéntico al de la primera carta que habíamos leído. Tomé aire y empecé a leer en voz alta.

Alejandro:

Si estás leyendo esto, entonces todo ha comenzado.

No voy a explicarte quién soy. Porque ya lo sabes. O lo sabrás.

No intentes convencerlos. No luches contra lo que viene. Ya hemos pasado por ahí. No funcionó. Solo sigue leyendo.

Has visto el vídeo. Has visto tu cara. Pero aún no entiendes nada. No importa. Hay cosas que no necesitas entender para sobrevivir.

Cuando dudes, sigue tu instinto. Cuando parezca que todo se derrumba, mantén la calma. Hay ojos sobre vosotros. Todos. No es paranoia. Es el diseño.

Este grupo. Este momento. Esta noche. Nada es casual.

No pierdas la Glock, la podrás necesitar.

Fdo: Alejandro Serrano.

Cuando terminé de leer la carta, nadie habló.

Durante unos segundos, solo se oía el zumbido lejano del jacuzzi y la respiración tensa de todos los que estábamos allí. La carta seguía en mi mano, pero sentía como si ardiera y la solté sobre la mesa.

Javi se levantó, nervioso.

—¿Está firmada por ti? —preguntó

—Yo no he escrito esto… —dije, con la garganta seca—. No había visto esta carta en mi vida.

—¿Nos estás diciendo que hay otro Alejandro Serrano? —dijo Marcos, inclinándose hacia la mesa, como si pudiera encontrar otra explicación solo mirando la hoja.

—Te juro que no lo sé… —susurré, mirando la carta como si fuera una amenaza—. Esto no tiene ningún sentido.

—¿Y qué significa "ha comenzado otra vez"? —murmuró Alberto, con el rostro desencajado—. ¿Otra vez qué?

Nos quedamos en silencio, sin respuesta a esa pregunta. Todos procesando lo que acabábamos de ver.

Rafa no decía nada. Tenía la vista fija en la esquina de la mesa, pero su mente estaba claramente a kilómetros.

—Rafa… —dije, tanteando—. ¿Tú qué piensas?

—Pienso que todo está preparado desde hace tiempo. Esto no es improvisado, nos han estudiado. Sabían que estaríamos aquí.

—¿Estás diciendo que esto es una especie de… experimento? —preguntó Marcos, cruzado de brazos.

—No lo se. Pero… podría serlo —respondió Rafa.

La carpeta quedó abierta sobre la mesa, con las fotos esparcidas alrededor, desordenadas como piezas de un puzle incompleto. La carta seguía moviéndose, agitada por el aire acondicionado. Era

como si lo que estaba escrito en ella no quisiera quedarse tranquilo, como si las letras aún buscaran una forma de salir del papel.

—¿Y ahora qué? —preguntó Javi, con la voz quebrada,

—Tenemos que limpiar todo esto —dijo Marcos, sin mirarnos.

—Joder… —susurró Óscar—. Esto es de locos. ¿Nos damos cuenta, no? Vamos a limpiar un puto asesinato como si fuera parte del check-list de una despedida de soltero.

Nadie dijo nada, pero todos nos pusimos en marcha de inmediato. Nos pusimos los guantes, cogimos los trapos y alineamos los productos de limpieza sobre la mesa.

Siguiendo el plano, fuimos tachando zonas. Limpiamos salpicaduras, rastros, huellas. Todo lo que no debía existir.

Javi limpiaba el suelo como si su vida dependiera de ello. Marcos daba un primer lavado al baño, sin atreverse a mirar al cuerpo del suelo. Rafa supervisaba todo en silencio, atento a los detalles.

Óscar estaba pendiente de Alberto, que sollozaba en el sofá con la cabeza agachada, repitiendo maldiciones entre dientes.

—No puedo más, tío… —murmuró—. No sé qué coño es esto. ¿Quién nos hace esto? ¿Por qué?

—No lo sé —respondió Óscar, calmado—. Pero ahora toca aguantar, hacer lo que tenemos que hacer. Luego ya pensaremos.

—Me han jodido la vida. Me caso en una semana, joder.

—Y por eso tienes que aguantar —dijo Óscar, mirándole—. Porque cuando salgas de esta, vas a querer mirar a Laura a los ojos.

Alberto tragó saliva, sin contestar. Solo se limpió la cara con las mangas y asintió, muy despacio.

Cuanto terminamos de limpiar, el cuerpo seguía ahí, inmóvil en el centro del baño.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Marcos, desde el marco de la puerta, sin atreverse a cruzarla del todo.

—No se —murmuré.

—Igual, cuando nos vayamos del hotel, viene alguien de los de las carpetas… y se lo lleva. Quizá solo quieren que limpiemos, nada más. —dijo Javi.

—¿Tú eres tonto, tío? ¿Y si no? —añadió Marcos, con los guantes chorreando—. ¿Y si mañana a las doce viene la policía y encuentra un cadáver sobre un suelo reluciente?

Silencio.

—Hay que moverlo —dijo Rafa.

—¿Moverlo? —dijo Javi, abriendo los brazos—. ¿Tú sabes lo que pesa un cadáver?

—En el armario hay un carrito de la limpieza —dije—. Uno de esos industriales, con doble compartimento y ruedas reforzadas. Si lo vaciamos, puede servir.

—¿Y si nos topamos con alguien del servicio y vamos empujando un carrito con un cadáver dentro? —dijo Javi, bajando la voz.

—Entonces improvisamos —zanjó Marcos—. Pero no podemos dejarlo aquí.

—Vale —dijo Oscar—. Supongamos que conseguimos meter el cadáver dentro del carrito. ¿Y después como lo sacamos del hotel?

—En el parking subterráneo está mi Nissan —intervine—. Lo dejé hace unos días, por si queríamos alargar la despedida mañana.

—¿Y a donde llevamos el cadáver? —dijo Óscar—. ¿Lo dejamos tirado en mitad de la nada?

—Primero lo sacamos del hotel —respondió Rafa—. Luego ya veremos.

Por un instante, nos quedamos en silencio, tratando de asimilar el plan.

—Venga, no podemos quedarnos aquí esperando —dijo Marcos, sacando la Glock de su chaqueta—. Alejandro, tú vienes conmigo a por el carrito, sin excusas.

Salimos al pasillo y nos envolvió un silencio sepulcral, solo el zumbido lejano del ascensor se atrevía a romperlo.

Avanzamos con cautela hacia el armario. Al llegar, abrimos la puerta y encontramos el carrito de limpieza, grande y robusto, con ruedas reforzadas y compartimentos amplios, preparados para esconder algo más que trapos y productos.

—Perfecto —dijo Marcos.

—Demasiado fácil —murmuré.

Sacamos el carrito del armario y, al girar hacia la puerta de la suite, nos detuvimos en seco.

Justo frente a la puerta de la suite había otro carrito idéntico al del armario. Estaba ahí, plantado en mitad del pasillo, como si hubiese aparecido por arte de magia mientras no mirábamos.

—No me jodas —susurró Marcos, sacando instintivamente la Glock y mirando hacia ambos lados.

Dejamos el carrito que habíamos sacado del armario en su sitio. Luego, nos acercamos al que estaba en la puerta de la habitación, en su interior había una bolsa estanca de gran tamaño, varias mantas dobladas cuidadosamente y un papel con una sola frase: “Para que parezca ropa sucia.”

Entramos a la suite rápidamente y cerramos la puerta de un portazo.

—¿Todo bien? —preguntó Javi, acercándose al carrito.

—Hemos ido al armario, y dentro estaba el carrito —respondió Marcos—. Pero cuando volvíamos... alguien había dejado otro carrito justo frente a la puerta de la suite.

—¿Cómo que otro? —dijo Óscar, frunciendo el ceño.

—Idéntico, pero con esto dentro —añadí, señalando la bolsa estanca—. Una puta bolsa estanca con cremallera, mantas y hasta había una nota.

—¿Qué nota? —preguntó Alberto.

Cogí la nota y la mostré al resto. Todos la leyeron en silencio: "Para que parezca ropa sucia."

—Vamos a usar esto —dijo Marcos, señalando la bolsa estanca —. Introducimos el cuerpo, lo metemos en el carrito y lo cubrimos con las mantas.

Asentimos. Porque ya no se trataba de decidir, solo de obedecer.

Rafa se arrodilló junto a la bolsa.

—Esta bolsa parece de las que usan en rescates, o en transportes forenses. Impermeabilizada y con doble cierre, no va a salir ni el olor.

—¿Seguro que cabe el cuerpo? —preguntó Javi, sin acercarse.

—Caben dos como ese —murmuró Marcos.

Entre Marcos y Rafa alzaron el cuerpo inerte y lo colocaron dentro de la bolsa estanca, que crujía ligeramente por el peso. El cuerpo entró perfectamente.

Marcos tiró del cierre con fuerza y la bolsa quedó completamente cerrada, inmóvil sobre el suelo, envuelta en un silencio inquietante, como si ocultara un secreto demasiado pesado para moverse.

—Listo —dijo Rafa, levantándose con un suspiro contenido.

Cogí uno de los trapos que quedaban y me dirigí al baño. Aún quedaban algunos restos, pequeñas huellas de lo que había ocurrido. Me arrodillé en el suelo, rocié el producto de limpieza y empecé a frotar con fuerza, sintiendo cómo el olor a químico me quemaba la garganta. Detrás de mí, Óscar y Alberto se turnaban con otro bote, repasando esquinas, marcos y juntas.

En cuestión de minutos, la escena del crimen se transformó. La suite recuperó su aspecto neutro, anónimo. Todo rastro había desaparecido, excepto el cuerpo, tapado con mantas, esperando su turno para esfumarse.

Recogimos los trapos, los guantes usados y los botes vacíos, que metimos dentro de una bolsa de basura negra. No dejamos nada fuera, ni una fibra, ni un hilo que pudiera delatarnos.

En otra bolsa de basura, fuimos guardando todo el contenido de las carpetas, junto con las cámaras y los micros que habíamos encontrado, eliminando cualquier rastro de lo que había pasado esa noche en la suite.

Rafa cerró ambas bolsas con dos nudos firmes y las escondió junto al cuerpo, en el fondo del carrito. Después, entre los tres, cubrimos todo con una última manta, como si estuviéramos ocultando un secreto demasiado grande, uno que el mundo nunca debería descubrir.

—No parece que haya un cadáver dentro del carrito—murmuró Javi, mirando de reojo—. Solo parece una colada pesada.

—Pues que nadie nos intente ayudar a cargarla —respondió Marcos, ya empujando el carrito hacia la puerta.

Óscar abrió con cuidado, asomándose primero.

—No hay nada, el pasillo está vacío —confirmó.

7

"Clara Vidal"

Salimos en fila, empujando el carrito con cuidado. Cada vez que una de las ruedas giraba, el chirrido cortaba el silencio como un grito agudo, atravesando las paredes, los oídos, y hasta nuestras conciencias.

—Que no haya nadie, que no haya nadie... —murmuraba Óscar, que caminaba pegado a la pared.

Javi y Alberto cerraban la marcha, mirando hacia atrás constantemente, como si esperaran que en cualquier momento algo o alguien apareciera en el pasillo.

Caminábamos como si fuéramos culpables de todo, y lo éramos, quizá no del asesinato, pero sí de seguir adelante con él.

El ascensor nos esperaba al fondo del pasillo, con las puertas cerradas. Marcos se adelantó y pulsó el botón.

—Si nos ve alguien, improvisamos —dijo.

Las puertas del ascensor se abrieron con un chirrido agudo, revelando un interior vacío y silencioso. Empujamos primero el carrito y, uno tras otro, entramos dentro.

Marcos presionó la tecla de la planta -1, el ascensor respondió con un zumbido grave y las puertas comenzaron a cerrarse lentamente, sellando nuestro destino.

En el espejo del ascensor, nuestras caras intentaban aparentar normalidad, forzando una calma que no sentíamos. Pero en el fondo de nuestros ojos y en el peso de nuestros silencios, nuestras conciencias gritaban la verdad, estábamos en problemas, y todos lo sabíamos.

En ese momento, el panel digital comenzó su cuenta atrás:

5
4
3

Cada número parecía una cuenta atrás hacia la libertad.

2
1

0

El ascensor se detuvo… en la planta 0.

Durante un instante, el tiempo pareció detenerse y nadie se atrevió a respirar. Las puertas del ascensor se abrieron lentamente con un suave sonido metálico.

Y ahí, frente a nosotros, apareció una mujer.

Alta, atractiva sin esfuerzo. Tenía el pelo castaño oscuro y una mirada firme. Iba maquillada con discreción, lo justo para resaltar sus rasgos.

Vestía unos vaqueros ajustados, una camiseta blanca y una chaqueta vaquera que le sentaba como si hubiera nacido con ella. El tipo de ropa que insinúa una figura cuidada, de esas que no necesitan llamar la atención para hacerse notar.

Nos miró con una leve sonrisa, como si supiera algo que nosotros aún no sabíamos.

—¿Subís?

Marcos reaccionó el primero.

—Bajamos… al parking.

—No importa, mejor monto ya —respondió ella—. Por cierto, me llamo Clara. Clara Vidal.

Nos quedamos en silencio, intercambiando miradas incómodas y desconcertadas mientras ella entraba al ascensor con paso seguro. Una vez dentro, Clara pulsó el botón de la planta 6 sin titubear.

Tardamos unos segundos en procesar lo que estaba pasando.

—¿La sexta? —preguntó Marcos.

Ella asintió sin dejar de mirar al frente.

—A veces, las historias empiezan en los lugares más inesperados, ¿no crees? —dijo con media sonrisa, sin dar más detalles.

Nadie respondió.

Mientras el ascensor descendía, no pude evitar fijarme en Clara. La tenía justo a mi lado y, por un momento, mis ojos recorrieron su silueta con una mezcla de desconfianza y curiosidad. Intentaba descifrar algo más allá de la primera impresión, quizá una señal, un gesto, cualquier cosa que me explicara quién era realmente.

De pronto, me detuve en un pequeño bulto que asomaba, casi invisible, del bolsillo interior de su chaqueta vaquera. Forcé la vista y entonces lo vi: el destello metálico de una placa, medio oculta pero inconfundible. Era una placa de policía, guardada y lista para salir en cualquier momento.

En ese instante sentí un vuelco en el corazón, ese susto que te corta la respiración y te deja helado durante un segundo eterno. Todo mi cuerpo se tensó, preparado para lo peor. Por un momento, imaginé a alguien gritando mi nombre y deteniéndome allí mismo, en mitad del ascensor, sin escapatoria posible.

Pasaron los segundos, pero no ocurrió nada.

El ascensor se detuvo con un leve chirrido y las puertas se abrieron lentamente, revelando el parking subterráneo, sumido en una penumbra interrumpida por luces parpadeantes.

Clara fue la primera en moverse. Dio un paso elegante hacia fuera, apartándose con naturalidad.

—Salid —dijo, con una media sonrisa.

Salimos del ascensor, empujando el carrito sin decir palabra. Ella volvió a entrar con calma y se giró justo antes de que las puertas

comenzaran a cerrarse.

—Adiós —añadió, casi en un susurro, mientas desaparecía tras las puertas.

Nos quedamos mirándonos unos segundos, como si lo que acababa de pasar necesitara una explicación inmediata y nadie supiera darla.

—Esa tía es policía —dije, todavía con la voz entrecortada.

—¿Cómo que policía? —preguntó Marcos, incrédulo.

Marcos se pasó la mano por la cara, nervioso.

—Que sí, joder. Llevaba una placa en el bolsillo de la chaqueta. Sé cómo son porque hace tres meses hicieron una redada en la empresa de importación en la que trabajo.

—No puede ser —dijo Oscar—. ¿Tú crees que venía a por nosotros?

—¿Y no nos ha reconocido en el ascensor? —dijo Rafa—. No, Clara Vidal no venía a por nosotros.

—Quizá va a por lo que haya en la planta seis —respondió Alberto, todavía en shock.

—Vámonos —zanjó Marcos, mirando de reojo hacia los ascensores—. Esto no me gusta.

—El coche está ahí —dije, empujando el carrito con el cadáver.

Al llegar al vehículo abrí el maletero y, entre todos, levantamos la bolsa estanca y la colocamos con cuidado en el interior. Luego, Rafa introdujo las bolsas de basura con los trapos y el contenido de las carpetas. El carro también se desmontó fácilmente, entrando perfectamente en el maletero.

—¿Y ahora qué? —preguntó Óscar, mirando a su alrededor.

—Ahora nos vamos de aquí —respondió Marcos, cerrando el maletero—. Y rezamos.

Subimos al coche. Marcos se puso al volante y arrancó. El motor rugió suave, contenido, como si también supiera que no era

momento de hacer ruido.

Mientras el vehículo se deslizaba por el parking, nosotros íbamos sumidos en nuestros pensamientos, conscientes de que la noche se había complicado mucho mas de lo que esperábamos.

Marcos paró el coche, esperando a que subiera la puerta de la rampa del parking subterráneo. Las luces del parking seguían parpadeando, intermitentes, como si el lugar respirara con dificultad.

Y entonces, justo cuando la puerta del parking empezaba a levantarse, lo vimos. Un hombre estaba allí, inmóvil, detrás de la puerta, mirando directamente hacia nosotros.

—¡NO ME PUTO JODAS! —gritó Rafa—. ¡ES ÉL! ¡ES EL TIPO QUE HA DEJADO LA PRIMERA CARPETA!

—¡ACELERA, CABRÓN! —chilló Óscar, golpeando el salpicadero con la palma abierta.

Marcos no reaccionaba, atónito.

—¡¿Qué cojones?! —dije, con los ojos desorbitados.

El tipo dio un paso. Luego otro.

—¡QUE VIENE! —gritó Javi—. Está caminando hacia nosotros.

—¡No, no, no, no! —Alberto retrocedía en el asiento como si pudiera fundirse con el respaldo—. ¡Acelera, joder, acelera!

Marcos reaccionó por fin. Hundió el pie en el acelerador y el motor rugió como una bestia. Salimos disparados, el coche avanzaba como un proyectil. El hombre, inmóvil hasta el último segundo, se apartó justo cuando estaba a punto de ser atropellado.

Cruzamos la salida del parking en el mismo instante en que la puerta terminaba de abrirse. Al mirar hacia atrás, vi al hombre echar a correr detrás de nosotros, como si nada en el mundo pudiera detenerlo.

—¡Nos sigue! —vociferó Rafa, sin aire—. ¡Está corriendo, tío, está corriendo!

—¡Ostiaaa! —gritamos varios al unísono.

El coche derrapó en la curva de salida y avanzó velozmente unos cincuenta metros. Pero justo en ese momento... el motor se apagó.

—¡¿Qué?! —gritó Marcos, girando la llave—. ¡No, no, no!

Giró la llave otra vez. El motor tosía, pero no arrancaba.

—¡Vamos, joder, vamos! —aulló Marcos.

Durante unos segundos, el sonido del motor inundó el vehículo… Pero el coche seguía sin arrancar.

—¡No lo veo! —chilló Javi.

—¡¿Dónde coño se ha metido?! —gritó Oscar.

Rafa no dejaba de mirar a su alrededor, con el cuerpo tenso y las manos temblorosas.

La calle ahora parecía desierta, solo nos envolvía la oscuridad y las luces de las farolas. Ni rastro del hombre, solo la noche, quieta y expectante.

—¡¿Lo habéis visto todos, verdad?! —dije, con la voz desencajada.

—¡Sí, joder, sí! —confirmó Javi—. ¡Era idéntico a ti!

—¡Y corría! ¡Corría detrás como un puto demonio! ¡Lo teníamos encima! —añadió Alberto, sin dejar de mirar por la ventana trasera.

Marcos giró la llave una vez más y el motor del Nissan cobró vida con un ronquido sordo. Un suspiro colectivo recorrió el interior del coche, una exhalación aliviada pero cargada de nervios.

Nadie se atrevió a decir una palabra. Era como si cualquier frase pudiera romper el frágil hechizo del momento y traer de vuelta a esa persona que acabábamos de perder en la oscuridad.

—¿A dónde vamos? —preguntó Javi, rompiendo el silencio con la voz aún rota.

—No lo sé —respondió Marcos, sudando a chorros—. Ahora mismo solo quiero salir de aquí.

El coche recorrió unos trescientos metros en completo silencio, con la tensión aún colgando del techo del coche como si fuera humo espeso.

—¡Eh! —soltó Rafa, señalando algo en la carretera—. ¡Para, para un momento!

Marcos frenó de golpe.

Ahí, en medio del asfalto, había una carpeta negra. Igual que la anterior. Cerrada. Impecable.

—¿Otra vez...? —murmuró Rafa, como si no pudiera creerlo.

Marcos salió del coche con la Glock en la mano, avanzando despacio, atento a cualquier movimiento en la oscuridad. Miró a un lado y a otro. Nada. Ni un alma.

Recogió la carpeta y regresó al coche, cerrando la puerta tras de sí con un clic seco. La abrió sobre sus rodillas. Dentro había un mapa viejo, amarillento en los bordes, con una gran X roja marcando un punto perdido, a las afueras de la ciudad.

—Nos quieren ahí —dijo Marcos.

Marcos arrancó de nuevo y pisó el acelerador.

Durante varios minutos solo se escuchaba el motor, el roce del asfalto y la respiración contenida de seis hombres al borde del colapso.

Yo no podía dejar de pensar en dos preguntas que me taladraban la cabeza: ¿Qué era Synapse Corporation? ¿Y quién demonios era Clara Vidal?

Saqué el móvil casi sin darme cuenta y, guiado más por la ansiedad que por la lógica, escribí “Synapse Corporation” en el buscador.

Nada.

Ni resultados, ni enlaces, ni perfiles. Solo una mención aislada en un foro enterrado en el tiempo: *Gracias, Synapse. No pensé que pasaría las pruebas. Ojalá todos consigan viajar, aunque sea una vez.*

—¿Qué coño significa esto? —murmuré.

Tragué saliva, cada vez más inquieto, y escribí "Clara Vidal" en el buscador.
El resultado fue igual de desconcertante. Ni una foto, ni una red social, ni una sola noticia que encajara con la Clara Vidal que nos habíamos encontrado en el ascensor.

8

"Bajo Tierra"

En el asiento trasero, algo terminó de quebrarse.

—No puedo más... —susurró Alberto.

Alberto tenía las manos en la cara y el cuerpo temblando.

—No puedo más, tío... —repitió, llorando como un niño—. Me caso en una semana. Y ahora estoy aquí, huyendo con un cadáver... ¡¿Qué cojones estoy haciendo?!

—¿Cómo se lo explico a Laura, eh? —sollozaba, con la cara empapada—. ¿Le digo que tuve una despedida de soltero tan buena que acabó con un muerto en el maletero? ¿Que ahora somos parte de una especie de… puta conspiración?

—Alberto… —intentó calmarlo Javi, girándose desde el asiento del copiloto.

—¡No! ¡No me digas que me calme! —le cortó, gritando—. ¡Nos han metido en una película de terror y vosotros estáis tan tranquilos, moviendo cadáveres como si esto fuera normal!

—Nadie está tranquilo, joder —dijo Marcos—. Estamos haciendo lo único que podemos hacer para no acabar entre rejas.

—¡Pues yo no quiero hacerlo, joder! ¡No era esto lo que tenía en mente! Iba a casarme, a tener hijos, una casa, una vida tranquila… ¡una puta vida normal!

Rafa, desde el fondo, murmuró:

—Tranquilízate, tío. Vamos a salir de esta.

Alberto se tapó la cara con las manos, temblando.

El coche seguía avanzando, envuelto en un silencio que solo era interrumpido por sus sollozos ahogados. Nadie se atrevía a decir nada. Lo único que nos quedaba era seguir adelante, rumbo a la X del mapa. Porque, fuese lo que fuese, ya no había vuelta atrás.

La carretera se terminó de golpe, convirtiéndose en un estrecho carril de tierra que se abría paso entre la maleza. El coche crujía con cada bache y las piedras saltaban bajo el chasis. A nuestro alrededor, los árboles crecían torcidos, inclinados en ángulos imposibles, como si también quisieran alejarse de aquel lugar.

—¿Cuánto queda? —preguntó Óscar, intentando no mirar el GPS del móvil que llevaba Rafa en la mano.

—Unos cinco minutos —respondió Rafa, con la voz ronca.

El silencio volvió a tomar el control en el interior del coche. Alberto seguía con la cabeza agachada y los ojos vidriosos, pero su llanto ya se había apagado.

—Ahí —dijo Rafa, señalando una curva cerrada—. Según el GPS, es al final de este camino.

Y entonces lo vimos. Un claro en mitad de la nada, como una herida abierta entre los árboles. En el centro, varias palas clavadas en la tierra y, junto a ellas, una lámpara portátil derramando su luz blanquecina sobre la hierba. Sobre una piedra, alguien había dejado un papel doblado.

Marcos frenó de golpe y apagó el motor. El silencio se hizo más profundo, apenas roto por el murmullo lejano del campo y el zumbido de los insectos.

—Hemos llegado —dijo.

Marcos fue el primero en abrir la puerta, bajó sin decir nada, ajustándose la chaqueta y echando un vistazo rápido alrededor. Luego miró hacia el coche, como si esperara que alguien más tuviera las pelotas de seguirle.

Rafa bajó el segundo. Después Óscar. Javi dudó, pero acabó saliendo. Alberto se quedó unos segundos más, inmóvil en el asiento

trasero hasta que, finalmente, abrió la puerta y bajó arrastrando los pies y con los ojos hinchados.

Nos acercamos al centro del claro.

La lámpara lanzaba una luz blanquecina y la pala estaba clavada junto a la nota.

Marcos se agachó, desdobló el papel y lo leyó en voz alta:

—"Cavad, dos metros."

Silencio.

—Nos lo han preparado todo —dijo Óscar.

—Seguro que esos cabrones nos están grabando desde alguna parte —soltó Marcos, sacando ya la pala del suelo—. Venga, vamos por turnos. Cuanto antes terminemos, antes nos largamos.

El aire nocturno era seco, pero la tierra no. Con cada palada, el olor a humedad y raíces removidas se mezclaba con nuestro sudor, nuestro miedo y nuestra duda. Cada metro que cavábamos parecía una promesa de silencio eterno.

Al cabo de un buen rato, el hoyo ya era lo bastante profundo. Marcos y Rafa se miraron, asintieron en silencio y caminaron hasta el coche. Abrieron el maletero y sacaron la bolsa estanca que dejaron caer dentro de la fosa con cuidado.

—Listo —dijo Marcos, agarrando la pala nuevamente.

Yo volví al coche y recogí las bolsas de basura negras donde habíamos metido los guantes, los trapos y todo lo que pudiera incriminarnos. Me alejé unos metros del claro, las rocié con gasolina y les prendí fuego con un mechero. Las bolsas ardieron despacio, lanzando un humo denso y oscuro que se perdió entre los árboles.

Entre todos, cubrimos el cuerpo con la tierra removida, cada palada era una losa más sobre nuestras conciencias. Cuando terminamos, dejamos las palas junto a la lámpara portátil y volvimos todos al coche.

Un rato después, el Nissan avanzaba por la carretera secundaria, envuelto en la penumbra de la noche. Dentro, el silencio era denso, solo roto por el zumbido constante del motor.

Marcos, al volante, mantenía la mirada fija en la carretera. A su lado, Rafa observaba el paisaje que pasaba velozmente, su rostro era imperturbable.

En el asiento trasero, Alberto, aún con los ojos enrojecidos, se abrazaba a sí mismo, temblando ligeramente.

—Vamos a mi casa —dije finalmente, rompiendo el silencio—. Necesitamos descansar.

Nadie respondió, pero la tensión en el aire disminuyó ligeramente.

Un rato después, el coche tomó la salida hacia una urbanización tranquila, con calles arboladas y casas de dos plantas. Marcos aparcó frente a mi casa, una vivienda de fachada blanca y jardín descuidado.

—Entrad —indiqué, saliendo del coche.

Uno a uno, los demás me siguieron, arrastrando los pies. Dentro, la casa estaba a oscuras y tenía todas las persianas bajadas.

—Hay tres habitaciones arriba, dormid donde queráis —dije, encendiendo las luces del salón.

Rafa y Óscar subieron sin decir nada. Javi se dejó caer en el sofá, cubriéndose el rostro con las manos. Alberto se sentó en una esquina, abrazando sus rodillas.

Marcos se acercó a mí.

—¿Crees que nos seguirán hasta aquí?

—No lo sé, pero por ahora, necesitamos descansar, mañana pensaremos que hacer —respondí.

El silencio volvió a instalarse en la casa, mientras cada uno lidiaba con sus propios demonios.

Yo fui el último en dormirme. Me tumbé en el sofá del salón, con la chaqueta hecha un ovillo bajo la cabeza. Cerré los ojos solo un segundo, para desconectar, para dejar de pensar. Al final, el sueño llegó como un puñetazo.

9

"Rehenes"

La casa estaba en completo silencio, y entonces, sin previo aviso, se escuchó un grito.

—¡Policía! ¡Abran la puerta!

Un estruendo sacudió la casa, como si estuvieran golpeando la puerta de la casa con un ariete. Segundos después, un torrente de botas, linternas y gritos inundó el salón.

—¡Todos al suelo! ¡Las manos donde podamos verlas!

No tuve tiempo de entender nada, dos haces de luz me cegaron al instante. Gritos. Ordenes. Todo se mezclaba en una tormenta de ruido.

Javi ni siquiera pudo levantarse del sofá. Lo empotraron contra el suelo en cuestión de segundos. Marcos intentó incorporarse, pero un agente le plantó el cañón del fusil en la cara y lo redujo de un empujón. Alberto, de pie junto a la mesa, levantó las manos temblando.

—¡Despejado abajo! —gritó uno de los agentes.

Y entonces, otro grito llegó desde la segunda planta de la casa.

—¡Despejada planta superior!

Rafa fue el primero en bajar, medio arrastrado por dos agentes que lo empujaban sin miramientos. Óscar apareció segundos después, en calzoncillos y con una linterna clavada en la cara.

—¡¿Pero qué pasa?! —grité.

—¡Silencio! —ordenó uno de los agentes, sin mirarme siquiera.

En menos de un minuto, estábamos todos esposados. Nos sentaron alineados en las sillas del comedor, como en una jodida rueda de reconocimiento.

Entonces, uno de los agentes se plantó delante de mí.

—¿Dónde está el cuerpo?

Intenté tragar saliva, pero tenía la garganta en piedra.

—No... no sé de qué me habla —balbuceé.

Me miró como si ya me hubiera condenado.

—No juegues conmigo. Sabemos lo que hicisteis anoche.

El interrogatorio se intensificó, las preguntas se sucedían sin pausa mientas las luces impactaban en nuestros rostros sudorosos.

—¡Confiesa! —gritó otro agente—. ¡¿Dónde enterrasteis el cadáver?!

Y justo cuando iba a abrir la boca, cuando sentía que todo se desmoronaba...

—¡Alejandro!

La voz de Marcos me arrancó de golpe de la pesadilla.

Abrí los ojos jadeando, empapado en sudor. La luz del sol se filtraba por las rendijas de las persianas, tímida. Tardé un segundo en ubicarme.

—¿Qué... qué ha pasado?

Marcos estaba de pie frente a mí, tenía la cara pálida.

—Falta Rafa —dijo.

Me incorporé de golpe.

—¿Cómo que falta?

—He mirado por toda la casa. No está arriba, ni en el baño, ni en el jardín. Su cama está vacía.

Me quedé un momento en silencio, mirando al suelo, como si allí pudiera encontrar una explicación. Luego me levanté, caminé hasta la puerta principal y salí al porche.

La calle estaba en silencio, no pasaba ni un coche y no se veía a nadie paseando. Todo parecía detenido, como si el barrio entero se hubiera paralizado por un instante.

Marcos salió detrás de mí.

—¿Tú crees que se ha ido por su cuenta?

Negué despacio.

—No lo haría sin decir nada.

En ese momento, escuchamos una voz.

—¿Ocurre algo?

Era el vecino, que estaba apoyado en la valla de su casa con una taza en la mano y cara de no haber dormido en toda la noche.

Me acerqué.

—Disculpe —le dije—. ¿Ha visto salir a alguien de esta casa esta noche?

—¿Salir? No. Pero escuché pasos, a las cinco o así. Aún estaba despierto, es que no duermo bien cuando hace viento. Me pareció ver a alguien junto al buzón, como si dejara algo.

Sin pensarlo dos veces, eché a correr hacia la verja de mi casa y abrí la tapa del buzón de un tirón.

Dentro, alineados con precisión, había cinco móviles. Eran negros, antiguos, sin logos ni marcas reconocibles. Todos tenían la pantalla completamente apagada, inertes, como si esperaran una señal para volver a la vida.

Junto a los móviles, una carpeta negra doblada en dos. Dentro, un mapa impreso en el que había marcada una dirección de un polígono industrial a las afueras.

—¿Qué coño es esto? —preguntó Javi, que acababa de salir a la calle aún con la voz ronca y los ojos entrecerrados.

Nadie le respondió.

Óscar se apoyó en la pared, con la mirada clavada en los móviles.

—Esto empieza a dar un mal rollo de la hostia…

No dije ni una palabra. Me quedé allí, quieto, con los móviles y la cabeza dando vueltas, perdido en mis propios pensamientos.

Al final, volvimos a entrar en la casa, uno detrás de otro, en silencio. Nos sentamos en el salón, alineamos los cinco móviles sobre la mesa y desplegamos el mapa, como si estuviéramos a punto de planear una huida o resolver un enigma imposible.

Marcos fue el primero en hablar.

—Son ellos. Y ahora tienen a Rafa.

Oscar se levantó. Caminó hasta la ventana, echó un vistazo rápido al exterior y volvió a cerrar las cortinas.

—Esto va a acabar mal.

Javi lo miró, desencajado.

—¿Y qué hacemos? ¿Llamamos a alguien?

—¿A quién? —respondió Óscar—. ¿A la policía? ¿Y les contamos qué? ¿Que ayer enterramos un cadáver y hoy han secuestrado a nuestro colega?

Cerré los ojos un segundo, respiré hondo y lo solté.

—Esto no es una amenaza.

Todos se giraron hacia mí.

—¿Entonces qué es? —preguntó Alberto.

—Es una sentencia. Nos están arrastrando, no por venganza, ni por castigo… Por diversión.

No dije nada más. Solo miraba el mapa y los móviles en la mesa. Y ese puto tic-tac del reloj de pared me taladraba los oídos, como si fuera una cuenta atrás.

Todos estábamos en silencio, atrapados en nuestros pensamientos, hasta que uno de los móviles vibró de pronto.

Después, otro.

Y otro.

Uno tras otro, los cinco móviles empezaron a vibrar sobre la mesa, y sus pantallas se encendieron a la vez.

Sin previo aviso, en todas las pantallas comenzó a reproducirse un vídeo.

La imagen era en primera persona, como si la cámara estuviera pegada al pecho de alguien que avanzaba por una calle silenciosa en mitad de la noche. Las farolas encendidas proyectaban sombras largas sobre el asfalto.

La cámara giró con suavidad.

Era mi casa.

La persona que tenía la cámara caminaba despacio, con pasos medidos y seguros, como si ya supiera exactamente qué hacer. Se detuvo frente al buzón, lo abrió y, uno a uno, dejó los móviles en su interior. Después colocó también una carpeta negra, cerró la tapa y, sin mirar atrás, se alejó, perdiéndose en la oscuridad de la calle.

Las pantallas se volvieron negras, pero la calma duró apenas un suspiro.

Una nueva imagen apareció. Era mi casa, pero esta vez desde dentro. La cámara avanzaba en silencio por el pasillo de la planta de arriba, moviéndose despacio entre las sombras. Abrió la puerta de una habitación, y en la cama tapado hasta los hombros, estaba Rafa. Se le veía tranquilo, completamente ajeno a lo que ocurría, entregado al sueño.

Sentí un nudo apretarse en mi garganta. La cámara se detuvo junto a la cama y, durante un rato, solo se dedicó a observar a Rafa dormir.

Javi se inclinó hacia la pantalla, pálido.

—No me jodas… —susurró.

De pronto, la imagen parpadeó y cambió de nuevo.

Ahora aparecía una sala sin ventanas, de paredes frías y lisas.

En el centro, una silla.

Y en ella, Rafa.

Estaba atado, los brazos sujetos a los reposabrazos, la boca tapada con cinta gris, los ojos abiertos de par en par, desbordados de terror. Se agitaba, intentaba gritar, se retorcía en la silla mientras la cámara se acercaba lentamente, recreándose con cada gesto de pánico.

La imagen se volvió a apagar.

Y justo debajo, aparecieron unas letras rojas, como si alguien las hubiese escrito con sangre: *Mañana a las 22:00 en el lugar que indica el mapa, si queréis que Rafa viva.*

10

"Bunker Casero"

Alberto se dejó caer en el sofá como si le hubieran disparado.

—Nos están manejando —murmuró—. Como putos títeres.

Óscar se levantó de golpe, le pegó una patada a una silla que salió volando hacia la pared.

—¡Han estado aquí, joder! ¡Aquí dentro! ¡Mientras dormíamos! ¡Nos han grabado!

Óscar golpeó la pared con el puño.

—¡No podemos hacer esto! ¡No podemos seguirles el juego! ¿Y si vamos, qué? ¿Y si nos esperan con otra trampa?

—¿Y si no vamos? —espetó Javi, dándole un manotazo al mapa —. ¿Eh? ¿Qué hacemos, Óscar? ¿Nos quedamos aquí esperando el siguiente mensaje con Rafa muerto en pantalla?

—¡No estamos a salvo en ningún lado! —gritó Alberto.

A Javi le temblaban las piernas, y las lágrimas le empezaban a asomar.

Respiré hondo y caminé hasta el centro de la sala.

—Hay que mantener la calma, aún nos queda tiempo. Tenemos hasta mañana por la noche para preparar un plan, y lo primero que vamos a hacer es convertir esta casa en un búnker.

Óscar me miró como si no hubiera entendido nada.

—¿Qué?

—Que vamos a taparlo todo. Ventanas, puertas, persianas. Lo que haga falta para que no puedan entrar. En el garaje tengo

herramientas, tablas, clavos… y también escopetas, aún guardo los cartuchos.

Marcos ladeó la cabeza.

—¿Escopetas?

—Sí, eran de mi abuelo. Nunca me deshice de ellas.

Oscar resopló, pero terminó asintiendo.

—Antes deberíamos comer algo, no hemos comido nada desde anoche —dijo Oscar.

—Id a la cocina —les dije, señalando con un dedo—. Yo bajo al garaje a ver si todo sigue allí.

Óscar y Marcos se alejaron en silencio hacia la cocina. Alberto y Javi se quedaron en el salón. Encendieron la televisión por inercia, como si el sonido les pudiera devolver algo de cordura. Yo bajé al garaje, para ordenar los materiales y herramientas que íbamos a necesitar.

Poco después, el olor a comida caliente flotaba en el comedor. Pasta recalentada, algo de pan duro, y una botella de vino a medio terminar. Nadie hablaba demasiado, solo se oían los cubiertos chocando con los platos, algún suspiro aislado, y la televisión, que seguía encendida en el fondo como si eso pudiera frenar el pánico.

Yo masticaba sin ganas, con los codos apoyados sobre la mesa, mirando fijamente a la mesa.

—¿Al final qué había abajo? —preguntó Óscar, mientras servía más vino sin mirar.

—De todo lo que os he dicho. Escopetas, munición, tablones, clavos, herramientas eléctricas… incluso cemento y ladrillos que sobraron de cuando me reformaron la cocina hace años—respondí.

Marcos me miró en silencio durante un par de segundos.

—¿Y ahora qué?

Me limpié las manos con una servilleta arrugada.

—Comemos y luego nos ponemos a ello. Esta casa no se va a convertir sola en un búnker.

La tele seguía puesta al fondo, noticias nacionales.

Entonces el rótulo cambió.

"Última hora".

La voz de la presentadora rompió el silencio del comedor:

—Nos acaba de llegar la noticia de la desaparición de un funcionario de la INTERPOL en Cuenca. Se trata de Erik Van Daalen, ciudadano holandés de 45 años, destinado desde hace cinco años en la unidad de crimen organizado europeo. Desapareció hace dos noches tras salir de una reunión confidencial.

Giramos todos la cabeza al mismo tiempo.

Una foto apareció en la pantalla. Cara seria. Pelo oscuro. Mandíbula marcada. Fondo institucional.

El tenedor de Óscar se estrelló contra el suelo.

—¡LA MADRE QUE ME PARIÓ!

Javi se levantó de un salto, tirando la silla detrás de él.

—¡NO ME JODAS! ¡NO ME JODAS, TÍO! —gritó, señalando la pantalla—. ¡ES ÉL, COÑO! ¡EL MISMO HIJO DE PUTA QUE ENTERRAMOS ANOCHE!

Marcos se levantó también, con la cara desencajada.

—¡INTERPOL, TÍO! ¡INTERPOL Y CRIMEN ORGANIZADO! ¡NOS VAMOS A LA PUTA CÁRCEL! ¡NOS VAN A DESTROZAR!

Alberto se levantó tambaleándose, como si le faltara el aire.

—¡Esto no puede estar pasando… no puede estar pasando! —repetía una y otra vez, con los ojos vidriosos.

Y entonces, salió corriendo por el pasillo. Escuchamos la puerta del baño cerrarse de un portazo. Después, el sonido seco de sus arcadas.

Javi se dejó caer en el suelo y se cubrió la cara con las manos.

—Nos van a reventar —murmuró—. Nos van a reventar vivos.

Marcos caminaba en círculos, apretando los puños, sin saber dónde mirar, sin saber a quién culpar. Como un animal atrapado.

Yo me quedé de pie, quieto. Mirando la televisión sin pestañear.

El sonido de la cisterna en el baño rompió el silencio. Luego, unos pasos torpes se acercaron al salón-comedor.

Alberto volvió, pálido, con restos de sudor en la frente y la mirada perdida. Sin decir nada se dejó caer en una esquina del comedor, como si todo su cuerpo hubiese colapsado.

Nadie se atrevía a hablar. Estábamos derrotados, cada uno perdido en su propio miedo, incapaces de mirar a los demás a los ojos.

No sé cuánto tiempo pasamos así, cada uno encerrado en su propio miedo. Sentí que, si no reaccionábamos, el pánico acabaría por tragarnos a todos. Así que rompí el silencio.

—Tenemos que movernos, hacer algo —dije—. Tapiar las ventanas con ladrillos, montar barricadas donde haga falta… La única entrada que debe quedar es la puerta principal. Así al menos podremos vigilar que nadie más entra en la casa.

Nadie discutió.

La tarde fue una coreografía torpe y agotadora. El sonido del taladro, los martillazos, el cemento mezclándose en la cubeta... Todo se mezclaba con las respiraciones entrecortadas y las órdenes secas que yo iba soltando sin pensar.

Alberto colocaba ladrillos en las ventanas con las manos temblorosas y Óscar sostenía ladrillos mientras Marcos hacía cemento. Yo me movía de un lado a otro, ajustando, comprobando, repitiendo los mismos movimientos como un autómata.

Poco a poco, fuimos cerrando cada punto débil de la casa. El sol descendía despacio, filtrándose por las rendijas hasta que solo

quedó un resplandor naranja y la certeza de que, cuando anocheciera, esta vez sí estaríamos protegidos y seguros.

Cuando terminamos, la casa era un bloque de hormigón. Todas las ventanas tapiadas, todos los accesos sellados. Solo quedaba la puerta principal, y frente a ella, una mesa arrastrada a modo de barricada.

Decidimos dormir todos juntos en el salón. Nadie quiso separarse, nadie quiso quedarse solo.

Empujamos los sofás contra las paredes. En el centro del salón tiramos colchones, mantas y almohadas como si estuviéramos montando una acampada de supervivencia. Con las luces apagadas, dejamos solo la lámpara del rincón encendida. Lo justo para no sentirnos completamente a oscuras.

Afuera, una tormenta había empezado a golpear con fuerza. El viento golpeaba las paredes tapiadas como si buscara una grieta. La lluvia golpeaba el tejado, insistente. Y de vez en cuando, un trueno partía el cielo en dos.

Habíamos colocado un colchón justo en la entrada del comedor, desde donde se podía vigilar tanto el pasillo como la puerta principal. Marcos estaba ahí, con la escopeta cargada a su lado y la mirada fija en la oscuridad. Le tocaba el primer turno de guardia de la noche.

Nosotros nos acomodamos como pudimos. Javi, Óscar, Alberto y yo. Rafa… Rafa no estaba. Y todos evitábamos decir su nombre, como si pronunciarlo fuese a romper algo en el interior de todos nosotros.

Y entonces, como si necesitara llenar el silencio con cualquier cosa, Alberto habló.

—Le he dicho a Laura que Alejandro tenía unos problemas en casa. Y que tengo que quedarme con él un par de días, pero que no es nada grave, que no se preocupe.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó Óscar, mientras estiraba su manta como si eso fuera a hacerle sentir más protegido.

—Que si estoy de coña, que ya me vale. Que como sigamos así, me pide el divorcio antes de casarnos.

A Javi y Oscar se les escaparon un par de carcajadas nerviosas, que por un momento rompieron la tensión que llevábamos cargando todo el día.

Y entonces, justo en ese instante…

TOC TOC TOC.

Tres golpes secos resonaron en la puerta. No eran especialmente fuertes, pero sí decididos, seguros, como si quien llamaba supiera exactamente a lo que venía. El sonido atravesó la casa y nos dejó en suspenso, con el corazón en vilo.

Marcos se incorporó de golpe, tenso. Cargó la escopeta con un *clack-clack* seco, que cortó el silencio como un cuchillo. Encajó la culata en su hombro y apuntó directamente a la puerta.

En el salón, todos nos quedamos inmóviles.

—¿Habéis oído eso? —susurró Javi.

—No jodas —dijo Alberto—. Claro que lo hemos oído.

Marcos ni parpadeaba.

Yo me incorporé desde el sofá y crucé el salón con pasos lentos, evitando que el suelo de madera crujiera. Me coloqué detrás de la mesa que hacía de barricada, y me incliné hacia la mirilla con los hombros tensos, como si me fuera la vida en ello.

Miré.

Y me quedé congelado durante un segundo.

—Es el vecino —murmuré.

—¿Qué? —saltaron varios a la vez.

—Es el puto vecino. Quitad la mesa, escondeos y guardad la escopeta.

En un instante, el salón se transformó en una coreografía nerviosa. Marcos deslizó la escopeta bajo un sofá y Óscar y Javi escondieron la mesa que hacía de barricada dentro de la cocina.

Al abrir la puerta, el vecino solo podría verme a mí en el pasillo. Solo tenía que aparentar normalidad, como si nada estuviera fuera de lugar.

Finalmente, respiré profundamente y abrí la puerta.

Allí estaba el vecino, en chanclas y con una bata de cuadros que le quedaba grande. En una mano tenía un paraguas a medio abrir, y en la otra sus gafas completamente empañadas. La expresión de su cara dejaba claro que estaba preocupado por algo.

—Perdona, ¿está todo bien?

En ese momento, forcé una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí… sí. ¿Por qué?

El vecino señaló con la barbilla hacia la fachada.

—Es que… he visto que tenéis todas las ventanas tapiadas. Pensé que… no sé, que había pasado algo. ¿Una reforma de urgencia? ¿Un escape de gas? ¿Algo?

Dudé un segundo.

—Es por precaución, hay okupas por la zona —improvisé, intentando sonar convincente—. Y… como mi madre está muy mal de salud y me tengo que ir un tiempo para cuidarla, me han recomendado dejar todo cerrado.

El vecino asintió lentamente, como procesando la información.

—Claro, claro… joder, qué faena. ¿Está muy mal?

—Sí, bastante.

—Vaya. Lo siento, de verdad. Si necesitáis algo, cualquier cosa, aquí estoy. Ya sabes.

Le devolví la sonrisa. Falsa pero firme.

—Gracias, en serio. Te lo agradezco.

—Bueno… no te molesto más. Buenas noches.

—Buenas noches.

El vecino se giró y se alejó bajo la lluvia, andando lentamente.

Cerré la puerta despacio y me apoyé contra ella, dejando escapar un suspiro largo y tenso.

—Han sido dos días muy largos —murmuró Óscar mientras colocaba de nuevo la mesa contra la puerta principal.

—Sí, demasiado —añadió Javi.

El miedo seguía ahí, no se había ido, pero estábamos agotados y el cuerpo, incluso en mitad del infierno, necesita dormir.

Uno a uno, nos fuimos quedando dormidos, excepto Marcos y Alberto, que empezaron el primer turno de vigilancia de la noche.

Fuera, el viento aullaba y la tormenta rugía.

Pero dentro de la casa, por primera vez, teníamos un respiro.

A las 04:11 seguía lloviendo.

Oscar y yo estábamos de guardia en ese momento. Él con la escopeta. Yo con la Glock entre mis piernas, sentado en el colchón junto al pasillo, con la vista fija en la puerta principal.

Entonces, se escuchó un sonido, ese tipo de sonido que hace el suelo de madera cuando alguien pisa sobre él.

Levanté la cabeza.

—¿Lo has oído?

Óscar asintió, sin moverse.

—Sí, creo que ha sido arriba.

Me puse en pie. La Glock ya estaba en mi mano.

—Despierta a Marcos y a Javi, subimos los tres. Tú quédate aquí, vigilando.

Sin decir nada, Óscar se levantó y fue a despertarlos.

A los pocos minutos, los tres nos reunimos al pie de la escalera. Empezamos a subir, despacio, en silencio, con el corazón desbocado. La linterna del móvil de Javi temblaba más de lo que le gustaría reconocer, proyectando sombras inestables en las paredes.

Revisamos la primera habitación, vacía, todo estaba exactamente como lo habíamos dejado.

En la segunda, lo mismo, ni una huella, ninguna señal de que alguien hubiese pasado por allí.

La tercera habitación también nos recibió con silencio, un escenario inmóvil y sin sorpresas.

Por último, la biblioteca. Observé cada rincón, cada estantería, cada mueble. Todo seguía igual, ni rastro de nada extraño.

Nada.

Bajamos en silencio, aun en tensión. Al llegar abajo, vimos a Óscar, todavía sentado en el colchón, la escopeta en el regazo, sin apartar la vista de la puerta.

—¿Nada? —preguntó.

—Nada —dije.

11

"SYNAPSE ERES TÚ"

Al amanecer el sol entraba por los huecos que quedaban entre los ladrillos. La tormenta había pasado.

—Por fin algo de calma —murmuró Óscar, estirándose en el suelo.

Javi se restregó la cara y volvió a acurrucarse en la manta, como si todavía pudiera robarle otra hora al sueño.

Yo me incorporé con dificultad, el cuerpo me pesaba más de lo habitual.

—Voy arriba a cambiarme —dije, pasándome una mano por la cara—. Siento como si llevara esta camiseta desde hace dos semanas.

Subí despacio,

Avancé por el pasillo hasta la última habitación, pero algo me obligó a detenerme en seco. Allí, en medio del suelo, había una hoja blanca, doblada por la mitad, perfectamente colocada en el centro del pasillo, como si alguien la hubiera dejado a propósito para que no pasara desapercibida.

Me agaché, con los sentidos en alerta, y recogí la hoja con cuidado.

La abrí despacio.

Dentro, una única frase escrita a mano: *¿Habéis dormido tranquilos?*

Sentí cómo se me tensaban los músculos, cómo el pulso se me aceleraba y como el corazón me daba un vuelco.

—¡MARCOS! ¡ÓSCAR! ¡SUBID! ¡YA!

Sus pasos retumbaron por la escalera. Ambos aparecieron segundos después, descalzos, todavía con las caras hinchadas por el sueño.

—¿Qué pasa?

Sin decir nada, les mostré el papel. Los dos lo leyeron y se quedaron igual que yo, helados.

—Eso… eso anoche no estaba —dijo Javi, con la voz seca.

—Estoy seguro, yo tampoco lo vi —añadió Marcos—. Los tres pasamos por aquí para revisar las habitaciones y eso no estaba.

La hoja seguía temblando entre mis dedos.

—Entonces alguien ha estado aquí, con nosotros. Mientras dormíamos.

La casa entera pareció encogerse. En ese momento, Alberto y Javi aparecieron en el pasillo con las caras desencajadas.

Javi fue el primero en hablar.

—¿Pasa algo?

Yo alcé la hoja.

—Esto estaba aquí, justo en medio del pasillo.

—¿Habéis dormido tranquilos? —leyó Javi en voz baja, como si las palabras le rasgaran la garganta.

—O hay alguien más en esta casa —dijo Alberto, bajando la voz como si temiera que alguien lo oyera— o nos estamos volviendo todos completamente paranoicos.

Nadie respondió, porque no hacía falta.

Porque, de todas las opciones, esa… era la más lógica. Y eso era lo más aterrador.

—Vamos a registrar toda la casa, habitación por habitación. Habitaciones, garaje, lo que haga falta. No vamos a dejar ni un maldito rincón sin mirar —dije.

Uno a uno, bajamos en fila. Armados con la escopeta, la pistola e incluso un bate de béisbol viejo que encontró Javi en un armario.

Empezamos a registrar la casa, habitación por habitación. La tensión crecía con cada puerta abierta, con cada armario cerrado, con cada rincón revisado.

Llevábamos casi dos horas sin encontrar nada, hasta que llegamos a la biblioteca del piso de arriba.

Javi iba ya a medio gas, arrastrando los pies. Pasaba la mano por los lomos de los libros como si de verdad estuviera buscando algo para leer, algo que le sacara de allí por un segundo.

Entonces uno de los libros se le cayó al suelo.

Se agachó a recogerlo y se quedó quieto mirando la pared.

—Eh —llamó—. Venid un momento.

Me acerqué con la linterna.

—¿Qué pasa?

—Mira esto. Esta pared… no es igual que el resto.

Tenía razón. Una sección pequeña, de poco más de metro y medio, estaba revestida de manera diferente. Más clara. Más nueva.

Óscar golpeó con los nudillos y sonó a hueco.

—¿Esto estaba aquí antes? —me preguntó Marcos.

—No tengo ni idea —respondí.

Pasamos los dedos por la pared tanteando sin mucha fe, hasta que Óscar dio con una hendidura, una línea casi invisible.

Tiró.

Con total suavidad, la pared se abrió como si fuera una puerta.

Había oscuridad al otro lado y un golpe de aire frío nos golpeó en las caras.

—Un pasadizo secreto… —murmuró Javi.

Nos quedamos todos quietos.

Apunté hacia dentro con la linterna. Un pasillo, estrecho, angosto. Bajaba ligeramente.

—¿Entramos? —preguntó Óscar, con un hilo de voz.

Marcos alzó la Glock.

Yo asentí.

—Sí, pero despacio y preparados para lo que sea.

Empezamos a avanzar. El pasillo descendía, el aire era más frío, más denso. La linterna barría las paredes, hormigón rugoso, tuberías oxidadas, manchas secas que preferí no mirar de cerca.

Al fondo del pasillo, una puerta metálica. Cerrada, pero sin pestillo. La empujamos con cuidado, cedió con un chirrido largo, oxidado.

La linterna iluminó una estancia cuadrada, de techo bajo, completamente oculta bajo la casa. Había polvo, sí… pero no tanto como debería. Aquello no estaba abandonado.

A la izquierda, una mesa metálica con un ordenador antiguo encendido. La pantalla estaba encendida. A su lado, numerosos monitores. Algunos apagados, otros encendidos. Uno mostraba la cocina. Otro el salón. Otro la calle.

La mesa y los monitores estaban limpios, impecables, como si alguien hubiera estado ahí hacía solo un rato.

—No puede ser… —susurró Javi a mi espalda.

Me acerqué al ordenador. En el escritorio, un único icono llamado. "ALEJANDRO_V2.exe"

Hice doble clic, se abrió un software y saltó una ventana emergente que pedía usuario y contraseña. En la parte superior, aparecían las letras "SYNAPSE CORPORATION" escritas con un estilo minimalista.

—¿Qué coño es esto? —preguntó Óscar.

—Parece una sala de operaciones… —murmuré—. Y otra vez Synapse Corporation. Tienen que ser ellos, los que están detrás de

todo esto.

Marcos enfocaba con la linterna los cables. Salían por detrás del equipo, subían por la pared, y se perdían en agujeros taladrados entre el hormigón.

Javi, que no podía estarse quieto, pulsó una tecla al azar. En ese momento, un monitor que estaba apagado se encendió de golpe, mostrando la imagen de un túnel.

Y en medio… una persona de espaldas atada a una silla, intentando moverse.

—¡Ostia! —dijo Javi, señalando el monitor que se acababa de encender—. Mira eso

No esperé más y salí corriendo hacia el túnel.

—¡Vamos! podría ser Rafa.

Avanzamos por el túnel en silencio, solo roto por nuestros pasos y nuestras respiraciones agitadas. Marcos ahora iba delante, con el arma levantada, Javi iluminaba con la linterna. Alberto cerraba la marcha.

Doblamos una esquina y ahí estaba.

Una figura encorvada atada a una silla metálica. Se retorcía e intentaba liberarse con movimientos erráticos, desesperados.

—¿Rafa eres tú? —preguntó Marcos.

Pasaron unos segundos, pero no obtuvo respuesta.

Marcos se acercó despacio y con un gesto seco, le dio una patada a la silla, que giró sobre sí misma.

Y todos nos quedamos sorprendidos con lo que vimos.

—¡NO JODAS! —gritó Javi.

—¡ES KHALED! —dijo Óscar, sin aliento.

Tenía la cara destrozada. Un ojo hinchado, el labio partido, la camiseta desgarrada y la boca tapada con cinta americana.

—¡COÑO! —exclamó Marcos—. ¡PERO QUÉ...!

Marcos bajó el arma.

—Vamos. Hay que sacarlo de aquí.

Marcos y Óscar se acercaron enseguida. Javi seguía sosteniendo la linterna mientras Alberto arrancaba la cinta de la boca de Khaled.

El recepcionista soltó un gemido ahogado y empezó a toser.

—Ayudadme a desatarle —dijo Alberto, sin apartar la mirada de su rostro.

Tardamos un par de minutos en soltar las cuerdas. Khaled apenas se sostenía en pie. Se tambaleaba, tenía los músculos agarrotados y los tobillos marcados por los nudos.

—¿Khaled...? —susurró Óscar, como si aún dudara de lo que tenía delante.

El marroquí estaba medio inconsciente, pero empezó a hablar de golpe, con la voz rota, como si las palabras hubieran estado guardadas a presión y por fin se soltasen.

—Me han reventado… por fallar… por hacer mal mi trabajo… cada grupo tiene su historia… su Rafa… sus pruebas… su misión final…

Nos miramos entre nosotros. Desconcertados. Perdidos.

—Os están poniendo a prueba —continuó Khaled, sin apartar los ojos de los míos—. Os observan. Todo el tiempo. Quieren saber si sois aptos… como el resto de grupos.

Hizo una pausa.

—Pero vosotros… sois distintos…

Me acerque un poco a el.

—¿A qué te refieres con distintos? —pregunté.

Khaled tragó saliva de nuevo, con los ojos enrojecidos.

—En todos los grupos hay alguien importante… pero en este… —bajó un poco la voz, casi un susurro— tú no lo sabes aún… ¿verdad?

Fruncí el ceño.

—¿Saber qué?

—Que quien manda en Synapse Corporation… eres tú, Alejandro.

Todo mi cuerpo se tensó, quise decir algo, negar, gritar. Pero no me salió una sola palabra.

Y entonces, sin aviso, Khaled se abalanzó sobre Marcos. La Glock resbaló de las manos de Marcos y cayó al suelo con un golpe seco.

Todo pasó en un segundo.

Khaled la agarró rápidamente.

—¡NO! —gritó Marcos.

Pero ya era tarde, Khaled tenía el cañón en su sien y apretó el gatillo.

El sonido rebotó por todo el túnel como una maldición. La sangre salpicó las paredes. El cuerpo quedó tirado boca arriba, los ojos aún estaban abiertos, con una expresión de paz siniestra.

Las últimas palabras de Khaled, aun flotaban sobre todos nosotros.

“El que manda en Synapse… eres tú, Alejandro Serrano.”

12

"ALEJANDRO SERRANO"

Alberto se desplomó de rodillas, con las manos temblorosas cubriéndose la cara.

—¡¿Qué coño significa eso?! —gimió—. ¡¿Qué está pasando, Alejandro?!

Yo miré fijamente a Alberto, el pulso me temblaba, pero la voz me salió firme.

—No soy yo. Tiene que ser él… el del vídeo, el de la carta… Tiene que haber una explicación lógica para todo esto.

Marcos seguía con la mirada fija en el cadáver.

—El otro Alejandro nos está poniendo a prueba por algún motivo —dijo Marcos.

Javi retrocedió lentamente, como si quisiera alejarse de una pesadilla que se había materializado frente a él.

Óscar, con el rostro pálido, murmuró:

—Entonces ha sido él todo este tiempo.

Marcos recogió la Glock del suelo con las manos temblorosas. Aún tenía la mirada perdida, como si su cerebro no hubiera procesado del todo lo que acababa de pasar. Luego, con voz firme pero cargada de tensión, dijo:

—Tenemos que mantener la calma.

Yo asentí en silencio, aunque no terminaba de creérmelo.

—Sí, al menos hasta las diez de la noche. Y luego… esperemos que todo esto acabe. —dije.

El silencio volvió a hundirnos, nadie se atrevía a romperlo. Evitábamos mirar el cuerpo, como si eso lo hiciera desaparecer.

Fui el primero en moverme, volví a casa y cogí unas mantas que extendí con cuidado por encima de Khaled.

—Descansa en paz —susurré.

Nadie dijo nada. Simplemente empezamos a subir el túnel en silencio, uno detrás de otro, como una fila de soldados que regresan del frente, cansados y rotos por dentro.

Al salir, la biblioteca nos recibió envuelta en penumbra. Marcos y Javi se apresuraron a mover un armario y varias estanterías, arrastrándolos hasta bloquear la entrada del túnel, intentando enterrar y protegernos de todo lo que había pasado ahí dentro.

Cuando entramos en el comedor, todo parecía distinto, más pequeño, más oscuro. Era como si la muerte de Khaled hubiera encogido las paredes y le hubiera robado el aire a la casa.

Marcos se dejó caer en el sofá, derrotado.

—Faltan seis horas. Seis putas horas.

—No puedo más —dijo Alberto, desde el suelo, abrazando sus piernas.

Le miré.

—Hay que aguantar —dije—. Por Rafa, no le podemos abandonar.

Alberto tenía los ojos cerrados y respiraba irregularmente, como si hasta eso le costara, como si cada inspiración fuese más una herida que una necesidad.

Óscar estaba apoyado contra la pared, con la mirada perdida y la cara desencajada, como si alguien le hubiera vaciado por dentro.

Javi permanecía sentado al borde del sofá, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas, balanceándose ligeramente, incapaz de quedarse quieto.

Marcos, por su parte, se había quedado de pie junto a la ventana tapiada, los hombros hundidos y la cabeza gacha, sin atreverse a mirar a nadie.

Éramos un grupo de sombras agotadas, cada uno atrapado en su propio pozo, intentando reunir fuerzas para aguantar un asalto más.

Hasta que uno de los móviles vibró sobre la mesa.

—¿Otra vez? —preguntó Marcos.

Y entonces, uno a uno, los móviles empezaron a vibrar. Primero uno, luego otro, y al instante todos los demás. Cinco dispositivos sobre la mesa, zumbando al unísono, como si de repente tuvieran vida propia y nos estuvieran reclamando.

Estiré la mano para coger el mío, notando el sudor pegajoso en los dedos y ese temblor involuntario en la muñeca. La pantalla parpadeó y una voz emergió de todos los móviles a la vez, llenando la estancia con un eco inquietante.

"Habéis demostrado que no sois como los anteriores. Y eso... es interesante. No faltéis, 22:00 en la zona señalada."

"No tendréis que matar a nadie. Solo sobrevivir. Solo superar lo que os espera. Si lo lográis… todos saldréis vivos. Incluso Rafa. Si no venís… bueno… no correréis esa suerte."

El silencio en el salón fue absoluto.

Óscar fue el primero en hablar.

—¿Qué cojones significa que no somos como los anteriores?

—Significa que somos distintos porque en este grupo está Alejandro —dijo Marcos—. Y que siguen controlándolo todo, que nos han visto y nos han medido. Y ahora nos van a llevar al límite.

—Y si fallamos… Rafa muere. —añadí.

—¿Y si es mentira? —dijo Javi, con la voz temblorosa—. ¿Y si Rafa ya está muerto? ¿Y si todo esto es solo para ver hasta dónde llegamos?

—No podemos pensar así —murmuró Marcos—. Si Rafa sigue vivo, nos necesita.

Oscar se cruzó de brazos, pensativo.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—No separarnos, no discutir. Y pase lo que pase, no entrar en pánico. —dijo Marcos, escaneando cada rostro—. Seis horas, seis jodidas horas para ser uno solo. Una puta mente colectiva.

Todos nos quedamos en silencio. Por un momento, no teníamos miedo, solo determinación.

A las diez en punto… volveríamos a enfrentarnos al abismo.

Las horas previas pasaron despacio, cada uno de nosotros intentó aferrarse a lo que pudo para tener algo de paz antes de la tormenta.

Óscar se encerró en la cocina y devoró lo primero que encontró, como si pudiera llenarse de valor a base de calorías. Alberto se tumbó boca arriba en el salón, con los ojos abiertos, intentando no pensar en la bronca que le iba a echar Laura si todo salía bien.

Marcos daba vueltas en su cabeza a cada conversación, a cada pista, como si rebobinarlas pudiera convertirlas en respuestas.

Javi no paraba de caminar de un lado a otro, desquiciado, como un león en una jaula demasiado pequeña.

Yo me aislé en el garaje. Solo. Sentado sobre una caja y respirando hondo. Intentando imaginar el momento en que todo esto terminara. Si es que terminaba.

A las 21:34, salimos.

No hizo falta hablar, ni decidirlo. Simplemente… nos miramos y salimos.

En el coche íbamos todos, apretados, silenciosos. Nadie se atrevía a romper la calma tensa.

Llegamos al destino a las 21:51.

Un polígono industrial en medio de la nada. La nave era una carcasa oxidada, abandonada por el tiempo. Solo una luz fluorescente parpadeaba sobre la puerta, como una señal enferma.

Bajamos del coche, aún sin decir ni una palabra.

El aire olía a óxido, aceite viejo y miedo. Alrededor no había ni un alma, solo nosotros y el sonido del zumbido eléctrico del foco.

Nos acercamos y entramos en la nave.

13

"CONTRARRELOJ"

En el centro de la nave había cinco sillas y un foco encendido justo encima. También había una pantalla de televisión, colgada de un soporte improvisado al fondo.

Nos sentamos uno a uno. Las sillas estaban numeradas, como si llevaran reservadas durante años:

1. Alejandro.
2. Óscar.
3. Javi.
4. Alberto.
5. Marcos.

Cuando estábamos todos sentados, una voz surgió desde los altavoces de la televisión.

—Bienvenidos. Sois los últimos. La última ficha. El último movimiento.

La pantalla parpadeó y se iluminó un contenedor transparente. Rafa en su interior luchaba contra las paredes mientras el agua subía lentamente. Se escuchaba su respiración entrecortada, su voz que resonaba por los altavoces.

—¡Tíos! ¡¿Dónde cojones estáis?! ¡¡AYUDA!!

En la esquina inferior derecha de la pantalla apareció un contador: 00:59:59.

Una voz, fría y distorsionada, comenzó a hablar:

—Rafa está atrapado en un contenedor que se va a llenar de agua. Tenéis una hora para salvarlo. Localizad su ubicación exacta dentro de Cuenca. Si llegáis a tiempo, él vivirá. Si falláis, el agua ahogará a Rafa.

En ese momento, se corrió una cortina dentro de la nave, revelando una mesa metálica con un portátil. En la pantalla se veía a Rafa en directo, aún encerrado en el contenedor transparente que se iba llenando de agua.

Rafa se movía desesperado, golpeando con los puños ensangrentados las paredes transparentes. El agua ya le cubría las rodillas. Su respiración era un jadeo agónico amplificado por los altavoces.

—¡Tíos! —gritaba—. ¡Estoy aquí! ¡¡¡Joder, estoy aquí!!!

El contador seguía bajando: 00:58:46… 00:58:45…

La misma voz, fría, distorsionada, resonó por toda la nave.

—Rafa está encerrado, el agua sube. No hay truco. No hay montaje. No hay corte. Está ocurriendo ahora mismo. Lo estáis viendo.

Pausa.

—Tenéis una hora. Solo una. Está en Cuenca. Encontradle. Liberadle. Si lo hacéis, vivirá. Si no… el agua lo decidirá por vosotros.

La voz desapareció, pero su eco quedó flotando en el aire como una amenaza.

Sobre la mesa, junto al portátil, había un mapa arrugado de Cuenca y cinco cascos de diadema alineados como si esperaran su turno. Nada más. No había coordenadas, ni instrucciones, ni nada que aclarara qué hacer. Solo el vídeo, la cuenta atrás avanzando implacable y Rafa, dentro del contenedor con el agua subiendo.

Marcos fue el primero ponerse los cascos. Sus ojos recorrían cada rincón de la imagen con una precisión quirúrgica.

—Están jugando con nosotros en tiempo real —murmuró, más para sí que para el resto.

Uno a uno, nos pusimos los cascos. Todos estábamos agrupados alrededor del portátil, como si la imagen pudiera darnos respuestas. Rafa seguía allí, jadeando, empapado.

—Escuchad —susurró Óscar—. Un zumbido. Bajo, repetitivo.

Afinamos el oído.

—Eso es hidráulico —dijo Alberto, con tono mecánico—. Algún sistema de presión, quizá la bomba que está propulsando el agua dentro del contenedor.

—Y no hay eco… —añadió Marcos—. Esto está en un sitio con techos bajos.

—Esperad un momento —dijo Óscar, con el ceño fruncido—. Esa estatua que se ve detrás... ¿no os parece demasiado... perfecta?

Marcos entrecerró los ojos, concentrado en el fondo del vídeo. Rafa seguía golpeando los cristales, pero lo que ahora les inquietaba no era él. Era lo que había detrás de él, o lo que parecía haber.

—Hazle una captura —dijo Marcos.

Javi hizo una captura de la imagen y la usó para buscar en internet otras imágenes parecidas.

Y entonces, el buscador arrojó un resultado inesperado. La pantalla mostró una coincidencia: *Fondo virtual predeterminado – AcuariumScape v4.1.*

Óscar se quedó helado.

—¿Es coña?

—No —murmuró Marcos, mirando la pantalla—. Es un puto fondo falso.

—¡El fondo no es de un sitio real! ¡Todo es un puto decorado! —soltó Javi, levantándose de golpe—. ¡Estos cabrones querían que buscáramos algo que no existe!

El contador seguía marcando: 00:41:16.

Alberto dejó caer los cascos sobre la mesa.

—Ahora sí que estamos jodidos.

Silencio. Otra vez.

Pero esta vez era un silencio de desesperación. Porque si el fondo era falso... entonces Rafa podría estar en cualquier parte.

Marcos se quedó de pie, pensativo.

Silencio.

—Entonces… —dijo Javi— el video no nos sirve.

—Exacto —respondió Marcos, mirándonos con urgencia—. Pero el audio no miente.

Óscar asintió.

—El vídeo puede engañarnos. Pero el audio no.

Alberto se levantó de la silla con una expresión en la cara que decía más que muchas palabras.

—Necesito fumar, me está dando un ataque de ansiedad aquí dentro.

Salió de la nave y se apoyó contra la chapa oxidada. Lo vi desde dentro, encendiendo un cigarro tras otro. Ni siquiera parecía disfrutarlo. Era como si intentara calmar un incendio con gasolina. A los pocos minutos volvió, pálido.

—Me he fumado media cajetilla —dijo sin mirarnos—. Afuera hay un silencio raro… demasiado raro.

El contador seguía corriendo. 00:31:12.

Óscar se dejó caer contra la mesa, agotado. Javi caminaba en círculos. Marcos y Alberto discutían en voz baja, sin encontrar soluciones. Todo parecía conducir a un callejón sin salida.

Frustrado, golpeé la mesa con el puño.

—Estamos perdiendo el tiempo, ¡joder!.

—No hay patrones claros en el audio —añadió Marcos—. Solo eco, zumbidos... Podría ser cualquier sitio cerrado.

—Treinta putos minutos escuchando una bomba de agua —murmuró Óscar, frotándose las sienes.

Y entonces, dije:

—Un momento… ¿Y si usamos el móvil?

Todos me miraron.

—¿Para qué? —soltó Marcos.

—¿No os acordáis? Rafa siempre tiene activado el Bluetooth.

Alberto tardó un segundo en reaccionar. Luego sacó su móvil y activó la búsqueda de dispositivos.

Óscar lo imitó.

Javi también.

Silencio.

Y entonces… apareció un dispositivo.

RAFA_S1GNAL_001

Alberto alzó el móvil, mostrándolo.

—Está aquí, me aparece su móvil.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Javi.

—Significa que su móvil está cerca —respondió Alberto—. Espera…

Abrió Google y tecleó con rapidez.

—Aquí está. Dicen que el alcance del Bluetooth es, como mucho, de entre 50 y 100 metros.

—¿Entonces está aquí cerca? —preguntó Javi—. ¿Dentro de esta nave?

—Seguramente —añadió Alberto.

—O puede ser una trampa —soltó Marcos, dudando—. Y han dejado su móvil por aquí para despistarnos.

El silencio volvió, como una niebla.

—Vamos a comprobarlo —dije—. Voy a llamarlo por teléfono.

Marqué su número.

Todos aguantamos la respiración.

Nada.

Ni sonido, ni vibración.

—Vuelve a llamarle, necesitamos saber si Rafa tiene el teléfono para asegurarnos de que está aquí —ordenó Óscar.

Volví a marcar el número de Rafa. Ya no esperaba nada, pero era lo único que podía hacer. Marcos, al instante, volvió a centrar la vista en la imagen en directo.

Y entonces, lo vio.

En la imagen, justo en un lateral, en ese falso fondo tras la jaula… algo parpadeó. Un destello de color azul. La pantalla de un móvil encendiéndose.

—¡Eh! —gritó Marcos—. ¡Ahí! ¡Ese punto azul!

—Es su móvil —susurró Óscar.

—Entonces, Rafa está aquí —dijo Javi.

Me puse en pie de un salto.

—Vamos a buscarlo, ya.

Nos esparcimos por la nave como si algo nos estuviera quemando por dentro.

Alberto golpeaba las paredes con el puño, esperando algún sonido hueco que le diera una pista. El resto, revisamos trampillas, rejillas, puertas, conductos…

Nada, todo eran callejones sin salida. Solo telarañas, óxido y herramientas que ya no servían ni para asustar a un gato.

—Esta nave está vacía —murmuró Óscar, con la voz cargada de rabia contenida.

Miré el cronómetro en la pantalla del portátil: 00:12:37.

—Se acaba el tiempo —dije, sin poder evitarlo.

Óscar se dejó caer en una silla oxidada, agotado.

—Lo hemos perdido —susurró.

Y por un momento, yo también lo creí.

Pero entonces, Marcos alzó la voz desde el fondo de la nave, con los ojos entrecerrados y la frente fruncida.

—¿Y si no está dentro?

—¿Qué? —preguntó Javi, girándose.

—¿Y si la entrada no está aquí dentro, sino fuera? Estas naves a veces tienen anexos, casetas de mantenimiento, accesos desde fuera, sótanos… No hemos revisado el perímetro exterior.

Nos miramos, nadie dijo nada. Solo salimos corriendo de la nave.

Empujamos la puerta principal que se abrió de golpe, emitiendo un sonido metálico. El aire frio de la noche nos golpeó como una bofetada en la cara.

Bordeamos la nave, y entonces lo vimos.

Una caseta, pequeña y metálica estaba oculta entre la maleza. Prácticamente invisible entre los matorrales y los escombros.

—¡Ahí! —gritó Alberto, señalándola.

Corrimos. Marcos le dio una patada a la puerta que cayó al suelo. Detrás, apareció una escalera de hormigón que descendía en espiral, húmeda, cubierta de musgo y suciedad.

—Vamos —dijo Marcos, bajando el primero.

El aire olía a humedad y a cerrado, entonces lo oímos.

Un gemido, y después, una tos ahogada.

La escalera nos llevó hasta una sala cuadrada, de techo bajo. Una sola bombilla colgaba del techo, oscilando ligeramente, lanzando sombras que se retorcían en las paredes.

Y entonces lo vimos

La jaula de cristal estaba sellada como una tumba. Dentro, Rafa luchaba por mantenerse a flote mientras el agua le llegaba ya por encima de la boca. Sus ojos, abiertos de par en par, estaban llenos de pánico. Cada burbuja que escapaba de su boca era una súplica silenciosa, una petición de auxilio que se perdía en la nada.

Oscar corrió hacia el cristal, golpeándolo con las palmas abiertas.

—¡RAFA! ¡AGUANTA! ¡ESTAMOS AQUÍ!

Rafa los miró, con la desesperación pintada en la cara. Trató de moverse, de alzar un brazo, pero el agua ya le cubría casi por completo. Cada intento era más torpe y lento que el anterior, como si el líquido le robara las fuerzas. El tiempo, para él, se estaba agotando a marchas forzadas.

Javi dio media vuelta y salió disparado escaleras arriba.

—¡Lo que sea! ¡Necesito algo para romper esto!

Yo no podía dejar de mirar a Rafa. Sentía que, si apartaba los ojos, en ese mismo instante, se hundiría para siempre.

Óscar seguía golpeando el cristal desde fuera, una y otra vez. Pero no cedía. Era grueso, reforzado, fabricado para resistir cualquier embestida. No cabía duda de que todo aquello estaba planeado al milímetro.

De repente, Marcos se adelantó sin mediar palabra. Sacó la pistola y apuntó al centro del cristal.

—¡APARTAOS! —gritó.

El estruendo de los disparos sacudió el sótano como si de una descarga de granadas se tratara. Tres balas, tres impactos directos. El cristal tembló y se agrietó formando una tela de araña, pero no llegó a romperse. Mientras tanto, Rafa se hundía con la nariz ya bajo el agua.

Marcos disparó dos veces más y el cristal estalló en mil pedazos. Una ola de agua barrió la sala, arrastrando a Rafa como una muñeca rota.

Me lancé al suelo y lo atrapé antes de que su cabeza diera contra el cemento.

—¡RAFA! —grité—. ¡RESPIRA, JODER! ¡RESPIRA!

En ese momento, Óscar apareció en la puerta, jadeando, con una barra metálica en la mano. Se quedó quieto, contemplando la escena: el agua cubriéndonos los tobillos, el cristal hecho añicos y Rafa, tembloroso, en mis brazos.

Rafa movió los labios.

—E… estoy… bien… —susurró. Casi inaudible, pero vivo. Sus ojos temblaban, vidriosos, fijos en el techo.

Marcos fue el primero en reaccionar, corrió hacia la puerta del sótano.

—¡Vamos, tenemos que sacarlo de aquí!

Subimos al coche a toda prisa, empapados, temblando. Marcos arrancó el motor y aceleró. Los neumáticos derraparon al salir.

Dentro, Rafa iba en el regazo de Alberto, cubierto con una chaqueta. Rafa estaba bien, pero cansado, y respiraba agitado.

—Rafa… —dijo Óscar, con la voz entrecortada—. ¿Quién te metió ahí? ¿Quién te hizo esto?

Rafa gimió.

—No… no los vi… me taparon los ojos. Pero… los escuché hablar… Al principio pensé que Alejandro estaba con ellos… alguien

tenía su misma voz… Y también mencionaron a Clara… Clara Vidal… Dijeron que ella sabía demasiado… que había estado a punto de arruinarles todo el plan… pero que la habían perdido… que a partir de ahora debían tener más cuidado…

—¿Y que querían de nosotros? ¿Qué querían?

—Decían… que era nuestro turno… que éramos los últimos a los que les hacían la prueba… Hablaban de un viaje… Querían saber si éramos aptos para viajar.

La cabeza de Rafa cayó hacia un lado. Seguía respirando, pero estaba agotado.

—A la casa de Alejandro —dijo Marcos—. Y cerramos todo, echamos el pestillo y no salimos ni a tiros.

El coche aceleró hacia la casa, y la noche pareció tragarse el mundo entero.

14

"La Lista"

La casa apareció entre la oscuridad como si de una fortaleza se tratara, Marcos frenó en seco.

Entramos como una avalancha

—¡La barricada! —gritó Oscar.

Arrastramos una pesada mesa, y la empotramos contra la puerta. Encima colocamos cajas de libros, una lámpara rota, hasta una silla volcada.

Rafa fue tumbado con cuidado en el sofá, envuelto en todas las mantas que pudimos encontrar. Aún temblaba levemente.

Me arrodillé junto a él y le toqué la frente.

—¿Estás bien?

—Tengo frío… —dijo con los ojos a medio cerrar.

—Aguanta, ya estás aquí. —le dije, aunque ni yo mismo lo creía del todo.

Alberto encendió varias lámparas que iluminaban el comedor tenuemente. Óscar volvió con la escopeta. Marcos colocó una silla en frente de la ventana del salón para vigilar el exterior por los pequeños huecos que había entre los ladrillos.

Nadie hablaba. Solo el ruido de nuestras pisadas apresuradas y la respiración agitada lo llenaban todo.

Y entonces… la televisión del comedor parpadeó.

Nos giramos todos a la vez, pero la pantalla seguía negra, hasta que una frase blanca apareció en el centro: *Enhorabuena. Habéis superado la prueba con éxito.*

La pantalla parpadeó de nuevo. Esta vez, apareció una lista. Uno tras otro, empezaron a desfilar nombres en blanco, veloces, impasibles.

Carmen Ruiz González.

Tomás Ballesteros Cid.

Irene Atienza Ferreiro.

Luis Javier Ortega.

Sara Mejías Paredes.

Víctor Cabrera del Pozo.

Carlos Brenes Martín.

...

...

...

Y después… los suyos.

Alejandro Serrano García.

Óscar Torres Delgado.

Javier Morales Ortega.

Alberto Martín Lozano.

Marcos Castelló Ruiz.

Rafael Gómez Herrera.

Un silencio de hielo se asentó en la sala, nadie se atrevía a decir nada.

—¿Quiénes son esos? —murmuró Óscar—. ¿Los conocéis?

—Carmen Ruiz… —susurró Javi—. Era compañera mía en primero de carrera. Pero murió en un accidente hace cinco años. ¿Qué cojones…?

—Y ese… Tomás Ballesteros —añadió Alberto, con la voz ahogada—. Estuvo en mi academia. Se suicidó hace tres años. O eso dijeron.

—Sara Mejías… —murmuró Marcos, con la voz cada vez más baja—. También la conozco. Fue… fue una de mis ex. Salimos un par de meses. Lo último que supe de ella es que desapareció en República Dominicana hace cosa de un año. Nadie supo cómo había acabado allí. A sus padres les dijo que se iba un par de días con unos amigos… y nunca volvió. Nunca la encontraron.

Los ojos se cruzaron. Incrédulos. Atónitos.

—¿Están todos muertos? ¿O desaparecidos? —preguntó Javi, rompiendo el silencio.

Y entonces apareció una última frase, en blanco sobre negro: *Misión completada. Podéis volver a vuestras vidas.*

La tele se apagó.

El salón quedó a oscuras por un segundo, solo iluminado por la luz tenue de dos lámparas. Nadie se movió. Fue como si el mundo se hubiese quedado en pausa… conteniendo la respiración con nosotros.

Durante unos segundos, nadie supo qué hacer. Todo seguía quieto, la tensión aún vibraba en el aire como electricidad estática. Nos miramos unos a otros, buscando alguna señal, alguna explicación. Y entonces, casi sin darnos cuenta, sentimos el peso de la presión empezar a resquebrajarse, el miedo soltando poco a poco su presa.

Primero fue un suspiro, luego una risa contenida. Finalmente, Óscar fue el primero en celebrar, desatado, casi sin control.

—¡Lo conseguimos, joder! —gritó—. ¡Estamos vivos!

Marcos se dejó caer al lado de Rafa, que seguía tumbado en el sofá, medio dormido bajo las mantas. Le plantó un beso en la frente, con lágrimas en los ojos.

—Te dije que no te ibas sin despedirte, cabrón —murmuró.

Alberto, con los ojos como platos, miró a la tele apagada, luego al techo… y pegó un grito:

—¡ME CASO! ¡Voy a llegar a mi puta boda!

Se abrazó a Javi como si no hubiera un mañana, y los dos rodaron por el suelo entre risas y empujones. Yo no decía nada, pero tenía los ojos cerrados, y sonreía como si acabara de soltar un peso que le había tenido doblado durante años.

Marcos desapareció un segundo y volvió con dos botellas de vino tinto que llevaban guardadas desde antes del caos.

—¡Hay que celebrarlo, coño! —dijo, abriéndolas con un cuchillo porque nadie encontraba el sacacorchos.

Bebimos en vasos de café, en tazas, en lo que encontramos. Pusimos música desde un altavoz viejo que aún funcionaba, y bailamos sin energía, pero con ganas. Javi sacó una bolsa de patatas, Alberto encontró algo de embutido seco, y esa cena improvisada nos supo a festín.

Incluso Rafa sonreía, tumbado en el sofá.

Esa noche… por primera vez en días, volvimos a reír de verdad. Gritamos hasta quedarnos sin voz, nos abrazamos como si acabáramos de regresar de la guerra. Hubo bromas, hubo lágrimas. Y sí, al final, dormimos.

Unos se dejaron caer en el sofá, otros se acomodaron en el suelo, envueltos en mantas. Nadie se preocupó por las armas, nadie temía al amanecer.

Porque creímos que había terminado.

15

"Clara Vidal"

Han pasado tres semanas desde aquella noche. Tres semanas en los que cada uno ha intentado rearmar su vida, como si todo aquello solo hubiera sido un sueño.

Alberto ya se ha casado con Laura. La boda fue bonita, sencilla, casi como si nada hubiera pasado. No hubo grandes discursos, ni bromas de despedida, solo miradas de alivio y promesas de normalidad.

Los demás también están bien, al menos en apariencia: Óscar y Javi volvieron a sus rutinas de siempre, el gimnasio y las peleas absurdas.

Rafa, tan hermético como siempre, se mudó a otra ciudad para un nuevo trabajo. Marcos presume de que todo está bajo control, como si los fantasmas no le persiguieran.

Yo, en cambio, solo he aprendido a disimular. A fingir que los días son normales, que el café sabe a lo de siempre y que los atascos de media tarde solo son eso, atascos.

Pero cada tarde, cuando vuelvo a casa, mi cabeza se rompe. Llevo tres semanas repasando mentalmente lo que vivimos, lo que no entendemos y lo que sigue sin encajar. Busco, investigo, leo foros, repaso una y otra vez los nombres de Synapse Corporation, Alejandro Serrano y Clara Vidal.

De Synapse Corporation he conseguido poco más que sospechas. La empresa está registrada oficialmente como una agencia de viajes, pero la dirección que figura en el registro mercantil son unas oficinas abandonadas en las afueras de Madrid que llevan abandonadas décadas.

Tampoco hay web, ni redes sociales, ni ofertas de viajes a ningún lado. Ningún número de teléfono de contacto, todo muy extraño, todo demasiado oculto.

Sobre el otro Alejandro Serrano, nada. Como si no existiera. No termino de entenderlo, y cuanto más busco, menos sentido tiene.

De Clara Vidal, al menos, tengo un dato. Graduada en criminología hace unos diez años. Después de eso, nada relevante, casi como si hubiese decidido desaparecer o borrar su rastro a propósito. A veces pienso que esa chica era la pieza clave que me falta para entenderlo todo.

Casi he aprendido a aceptar que nunca tendré respuestas.

También he buscado información sobre los nombres que aparecieron en aquella lista en la televisión. Carmen Ruiz, Tomás Ballesteros, Sara Mejías…

Y el patrón es inconfundible, todos están muertos o han desaparecido sin dejar rastro. Accidentes, suicidios, desapariciones en otros países… Muchos nunca aparecieron y nadie sabe realmente qué les pasó.

Cuanto más leo, más convencido estoy de que SYNAPSE CORPORATION está detrás de todo esto. Esto es algo grande, retorcido, no puede ser una simple coincidencia.

Pero sigo sin ser capaz de descifrarlo. Todo encaja… y a la vez nada lo hace. Es como mirar un rompecabezas al que le faltan las piezas más importantes. Y en el centro, el mismo vacío. El mismo silencio.

Esa tarde era tranquila. Anodina. Simple.

Yo estaba en el comedor, como solía hacer últimamente, perdido entre el portátil y un montón de papeles. Buscaba cualquier pista, cualquier fragmento de información que pudiera ser relevante, aunque la mayoría de las veces solo encontraba más preguntas sin respuesta.

Entonces, alguien llamó a la puerta.

Tres golpes. Suaves, precisos.

Me quedé inmóvil, clavado en la silla. No esperaba a nadie. Sentí ese tipo de inquietud que te atraviesa el pecho y te empuja a levantarte. Lo hice despacio, cruzando el pasillo con el corazón acelerado y una extraña sensación de desasosiego.

Me asomé por la mirilla y no pude creer lo que vi.

Clara Vidal.

Allí, de pie al otro lado de la puerta. La misma chaqueta vaquera, el mismo peinado, esa expresión serena de quien no tiene prisa, ni miedo, ni nada que ocultar. Estaba ahí, real, presente. Y por un instante, me dio la sensación de que miraba directamente a través de la puerta, de que sabía perfectamente que yo estaba al otro lado.

Sonrió. Una sonrisa leve, amable. Pero vacía.

Y entonces, habló:

—Hola, Alejandro. ¿Te acuerdas de mí?

No supe qué contestar.

Solo sentí cómo algo se quebraba dentro de mí. Como si, con esa simple frase, todo lo que habíamos vivido… todo lo que creímos dejar atrás… acabara de empezar otra vez.

*** Si este libro te ha aportado algo o simplemente te ha entretenido, te agradeceríamos mucho que dejaras una reseña en Amazon.**

Tu opinión ayuda a otros lectores a descubrir nuevas historias. Gracias por apoyar a los pequeños autores. :)

¿QUIERES SER EL PRIMERO EN LEER LA CONTINUACIÓN DE LA SAGA?

Únete a la comunidad exclusiva en "Editorial99cents.com" y accede a promociones especiales y a ciertos e-books gratis el día de su lanzamiento.

***Desde la editorial queremos tener un detalle con nuestros lectores, y todos los que habéis comprado Suite 601 podréis leer gratuitamente el siguiente libro de la saga (formato e-book).**

*